

EL INVASOR ERRANTE

ralph barby

CIENCIA FICCION



EL INVASOR ERRANTE

ralph barby

CIENCIA FICCION



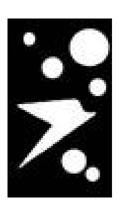
RALPH BARBY

EL INVASOR ERRANTE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 728

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —
CARACAS —MEXICO

Depósito legal: B. 20.816-1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: julio, 1972

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1972

CAPÍTULO PRIMERO

—Capitán, el monitor del space-radar señala la proximidad de un meteoro de tamaño respetable.

La advertencia del teniente Namura hizo que el capitán Daniel Snow se acercara al panel de controles para la teleobservación electrónica del espacio desde la nave «Scout U-104».

En el ángulo derecho de la pantalla podía verse claramente un punto luminoso que avanzaba centésima a centésima. El capitán

Daniel Snow, comandante de la nave exploradora y centinela del espacio, enarcó sus cejas.

—Trace las coordenadas espaciales, teniente, y dígame la dirección exacta que mantiene. Un meteoro de ese tamaño no varía su rumbo salvo que atraviese algún campo gravitacional y como Marte, en este período del año, está a la máxima distancia de la Tierra, sólo podría tropezarse con la Luna.

—Inmediatamente trazaré las coordenadas, capitán. Si pasa de largo de la atracción terrestre es posible que se dirija a Venus o Mercurio, terminando por desintegrarse contra el Sol.

—Bien, teniente. Cuando tenga los datos, comuníquemelos y sabremos a qué atenernos.

El oficial oriental se apresuró a cumplimentar la orden con la precisión y seguridad que le era característica.

El capitán Daniel Snow, alto, de cabello trigueño, amplio de hombre» y brazos largos, ocupó el asiento de dirección del puente.

Pulsó un botón azul y de inmediato se encendió un piloto verde. Se descorrió el protector de acero aleado al tungsteno-platino y frente a él quedó el grueso cristal del mirador panorámico que le ofrecía un espectáculo en apariencia siempre idéntico, pero a la vez maravilloso.

El universo estaba ante él.

Había que buscar la Tierra a lo lejos y a su izquierda, hacia abajo. Era una pequeña circunferencia parcialmente iluminada por el sol en aquellos momentos.

La «Scout U-104» se hallaba a más de un millón de millas del globo terráqueo.

Abrió la clavija de intercomunicación de la nave y habló encarado con el micrófono-receptor.

—Atención, sección de telespectrografía, habla el capitán Snow.

No tardó en escucharse la respuesta de una voz femenina y agradable.

—A la escucha la teniente Krondaievna.

—Marfa —interpeló Daniel Snow con familiaridad, ya que le

unía algo más que una simple amistad con la teniente Krondaievna.

—¿Ocurre algo malo, Daniel? Hay un poco de aburrimiento en los últimos días —respondió ella sabiendo que nadie más que él la escuchaba.

—Quizá ahora se nos pase el aburrimiento. El teniente Namura acaba de captar en el space-radar un meteorito no identificado de tamaño considerable.

—¿Investigamos?

—Sí. Mientras se establecen sus coordenadas y su trayectoria, además de la velocidad de traslación, investiga tú su composición, volumen, masa y temperatura. Podría ser parte de algún astro en desintegración.

—Correcto, investigaremos a fondo. ¿Nos encontraremos luego?

—Sí, ahora cierro.

—Hasta después.

No volvió a escucharse la voz de la teniente Marfa Krondaievna, pero Daniel Snow la vio reflejada en su mente. Espigada, morena, de grandes ojos verdes, labios tersos, húmedos y fuertes de color.

Daniel Snow podía presumir de conocer a muchas mujeres. Su fama, lo mismo en la Tierra que en las estaciones lunares, era grande, pero jamás había conocido a una mujer que, como Marfa, reuniera tantas cualidades.

—Capitán — llamó el teniente Namura.

Con su panel de space- radar, se hallaba en el puente de mando de la gran nave que vigilaba el espacio en prevención de cualquier peligro que acechara al planeta Tierra. Su misión era detectar, los peligros, controlarlos si era posible y en caso contrario, dar la alarma a la Tierra para que establecieran sus defensas.

—¿Tiene las coordenadas, teniente Namura?

—Sí, capitán. Diez BC, cuatrocientos Z y sesenta WY del mapa espacial que hay en la memoria de la computadora.

—Bien, así no será necesario dar los datos a la computadora general de la Tierra en el Centro Internacional de Investigación y

Defensa del Espacio.

—Ha sido fácil localizarlo y situarlo correctamente, capitán —aclaró el preciso oriental que formaba parte de la tripulación de aquella nave de grandes dimensiones, autónoma para dos años de viaje espacial.

—¿Velocidad?

—Veinticuatro mil millas hora.

El rostro del capitán Snow mostró perplejidad.

—¿Veinticuatro mil millas hora? Es una velocidad lenta para un meteoro de regular tamaño.

—Sí, eso me ha parecido a mí, capitán. ¿Cree que puede tratarse de algún satélite artificial perdido antes del años dos mil?

Snow, algo preocupado, aceptó:

—Por aquellas fechas, los satélites fueron lanzados a millares. Cuando dejaban de funcionar se olvidaban en el espacio dándolos por inservibles. Consideraban que el espacio era infinito y nada ocurría porque se perdieran en él hasta el fin de los tiempos o hasta que fueran absorbidos por la gravedad de otro planeta, destruyéndolos. Sin embargo, las normas que rigen el espacio actualmente y una de nuestras misiones, es la de recuperar cualquier objeto espacial que carezca de control y constituya un peligro para la navegación espacial.

—Una medida sensata, capitán. Si es un meteorito y por lo que parece se dirige al campo gravitatorio de la Tierra, lo destruiremos con nuestros cañones láser.

—Y si es muy grande, emplearemos una bomba termonuclear para desintegrarlo y convertirlo en polvo espacial.

El capitán Hess, segundo de a bordo, penetró en aquellos instantes en el puente de mando.

Hess aventajaba una década a Daniel Snow. Sin embargo, sus años de más no le ponían delante del joven y experimentado capitán Snow, comandante del «Scout U-104».

Hess tenía en su hoja de servicios la pérdida de una nave en circunstancias poco claras. Se le había sometido a juicio y había

terminado exonerado cerrándose el caso con dos palabras: «accidente imprevisible».

No obstante, el capitán Hess se le tenía un poco de desconfianza y pese a su insistencia y a las influencias que movía, no lograba el mando total de una nave del tipo «Scout». Por ello, el germano no simpatizaba demasiado con Daniel Snow y éste último tenía que permanecer alerta para que el capitán Hess, un veterano del espacio, no se tomara atribuciones que no le correspondían.

—¿Sucede algo grave? —preguntó al ver el gesto de preocupación de Namura.

Daniel Snow le respondió sin ambages:

—Un meteoro incontrolado se dirige hacia la Tierra. —Perfecto, capitán Snow. Nuestra misión es destruir cualquier meteoro que supone un peligro para nuestro planeta. Doy la orden a los cañones láser para destruirlo o prefiere que le lancemos un misil nuclear? A la distancia que nos hallamos de la Tierra, no habrá peligro de contaminación alguna por radiactividad,

Con un gesto algo despectivo, Snow objetó:

—Creo que no será preciso recordarle, capitán Hess, que antes de destruir un meteoro, por peligroso que pueda parecer, hay que determinar su composición. ¿Se imagina lo que sería un misil nuclear desintegrando por fisión un meteoro totalmente compuesto de uranio puro?

—No me irá a decir que cree en esa posibilidad, capitán Snow —repuso Hess con sarcasmo.

—Eso nunca se sabe hasta recibir los análisis, capitán. —He viajado durante muchos años por el espacio, capitán Snow. Cuando yo tripulaba mi nave, usted...

—Sí, ya sé que aún tenía que graduarme en ingeniería espacial, pero aquí se harán las cosas tal como están establecidas, capitán Hess.

—Sí, claro, usted es el comandante. —Miró la hora y con una sonrisa apenas disimulada, observó—: Capitán, ¿se ha dado cuenta de que su turno ha terminado y debe de ir a descansar? Yo le relevaré de la guardia en el puente y de la dirección de la nave.

—Gracias, capitán Hess, pero todavía no tengo deseos de

descansar.

El capitán Hess, que deseaba resolver él solo el problema del meteoro captado, insistió:

—El reglamento señala que...

—El reglamento no dice nada respecto al comandante de la nave, a excepción de cuando pierde sus facultades físicas o mentales, lo cual tiene que demostrar el médico de a bordo con ayuda de la telecomputadora que transmitiría los datos al Hospital Central del Espacio, ubicado en Brasilia.

El capitán Hess carraspeó ligeramente.

—No pretendía molestarle, capitán Snow, sólo trataba de serle útil, aliviarle en el trabajo menor.

—Llamada al comandante, llamada al comandante —repitió la voz de la teniente Krondaievna.

Daniel Snow regresó a su puesto de mando y estableció contacto.

—Capitán Snow a la escucha.

—Aquí sección de telespectrografía y análisis.

—¿Resultados?

—El meteoro analizado no utiliza fuerza propia alguna. Densidad, dos coma uno siete ocho. Forma, esférica. Diámetro, treinta y siete pies dos pulgadas. Su capa exterior analizable por telespectrografía está compuesta de carbono puro cristalizado, con el máximo grado de reverberación.

—¿No hay más datos?

—No por ahora, capitán Snow —respondió la mujer percatándose por el tono de Daniel Snow de que no estaban hablando a solas.

—Sigan interesándose. Por los datos ya obtenidos, es el meteoro más enigmático con el que cualquier nave se haya topado jamás. Cierro.

El capitán Hess le miró con cierta suficiencia y preguntó:

—¿Por qué habla de tanto misterio, capitán Snow? Es un meteoro que se dirige al campo de atracción de la Tierra, lo que quiere decir que puede quedar en órbita, destruir alguna estación espacial tripulada o penetrar en la atmósfera y hacer impacto en cualquiera de las macrápolis terrestres.

El teniente Namura apartó la mirada del monitor a través ¿el cual seguía la trayectoria del meteoro y se permitió objetar:

—Un meteoro esférico de treinta y siete pies dos pulgadas de diámetro no puede destruir ninguna macrápolis, a lo sumo hada un cráter de cincuenta pies, suponiendo que no se desintegrara al entrar en la atmósfera terrestre. Tengamos en cuenta que, por lo menos su capa externa, es de carbono cristalizado. A les dos mil grados de temperatura a que sería sometido en su roce de entrada en la atmósfera, se quemaría en su totalidad.

Daniel Snow suspiró ligeramente y luego observó:

—Les meteoros suelen ser rocas que, por efecto de la distancia, parecen redondas pero no lo son. En cambio, este meteoro es totalmente esférico y aparentemente de carbono cristalizado, es decir, un enorme diamante.

—Un diamante de ese tamaño sería el tesoro más fabuloso que hubiera poseído la Tierra —opinó el sargento Sanders, encargado de telecomunicaciones.

—Capitán Snow, puede usted pasar a la historia por descubrir el mayor diamante jamás conocido —dijo Hess con ironía.

—La capa externa del meteoro es carbono cristalizado en estado puro según el análisis, pero lo que no sabemos todavía es si se trata de un gigantesco diamante o bien una incrustación de pequeños diamantes más o menos regulares. Por otra parte, la densidad del carbono puro es de tres coma cincuenta y uno, y la del meteoro, dos coma uno. Los meteoros ordinarios suelen tener una densidad entre tres y ocho, generalmente cuatro cuando son amorfos o de tipo basáltico y más si se trata de pequeños meteoros metálicos aleados de hierro o níquel en sólo Dios sabe qué planetas.

—Por sus datos se diría, capitán Snow, que nos hallamos ante un meteoro anárquico según la dinámica y la física del cosmos.

—Así es, capitán Hess. Ese meteoro es un misterio. Está hueco o relleno de una materia poco pesada, como agua por ejemplo.

—No pensará que se trata de una especie de iceberg espacial recubierto de diamantes, ¿verdad, capitán Snow? En el Centro Internacional de Investigación y Defensa del Espacio e incluso toda la opinión mundial nos tomarían a chanza.

—Yo no doy ningún dato del que no esté seguro, capitán Hess, y confío plenamente en mi tripulación entre la cual se cuenta usted.

El veterano capitán no encajó bien aquella puntualización sobre quién gobernaba en la nave y tomaba las decisiones, mas hizo un esfuerzo por sonreír.

—Naturalmente, capitán. ¿Y qué es lo que piensa hacer respecto al meteoro que se dirige hacia la Tierra como un destructivo misil de consecuencias incalculables?

Por toda respuesta, Daniel Snow abrió la clavija del intercomunicador para que su voz fuera escuchada en todas las dependencias.

—Atención, atención toda la tripulación de la «Scout U-104». Les habla el capitán Snow.

En toda la nave se produjo un intenso silencio. Instintivamente, todos miraron hacia los altavoces.

—Cambiamos el rumbo. Un meteoro no identificado y de características enigmáticas se presenta como un peligro para la Tierra. La misión de esta nave como todos saben, pues cuantos estamos aquí somos voluntarios debido al riesgo que entraña el alejamiento de la Tierra, es la de evitar cualquier contingencia nefasta a nuestro planeta, a nuestro satélite natural, a las estaciones espaciales y a los convoyes cargueros y turísticos Luna-Tierra. Por ello, la «Scout U-104», a partir de este instante se dirigirá hacia el desconocido meteoro para apresarlo. Todo permiso o descanso extra queda rescindido. Los puestos de control y vigilancia serán supervisados por doble dotación. El retén deberá estar dispuesto para relevar a cualquier tripulante que se encuentre en dificultades psicofísicas y la sección de equipos para la exploración del espacio exterior deberá de tenerlo todo dispuesto para ser utilizado al segundo. Deseo que esta misión no sea un peligro, sino un éxito más para la «Scout U-104». Suerte.

Tras aquellas palabras, pulsó el botón de alarma y una chicharra estridente pudo escucharse hasta en el lugar más recóndito, poniendo en movimiento a todos los seres, hombres y mujeres que vivían en

aquella nave a más de un millón de millas del globo terráqueo.

CAPÍTULO II

Todos les jefes de sección de la «Scout U-104» se hallaban en el puente de mando, frente a la gran ventana panorámica.

El espectáculo que se ofrecía a sus ojos eran extraordinario, más concretamente, deslumbrante.

—No se puede mirar —dijo la teniente Marfa Krondaievna.

—Tres grados a babor y cinco de inclinación de popa —ordenó el capitán Snow.

—¡Es diamante puro! —exclamó con asombro el propio capitán Hess.

—Millones de pequeños diamantes —puntualizó Marfa.

Mientras la «Scout U-104» tomaba una posición más óptima para no deslumbrarse con los reflejos de la corteza del enigmático meteoro, el capitán Snow corroboró las palabras de la teniente, puntualizando:

—En realidad, no son diamantes sino brillantes, con un mínimo de cincuenta quilates cada uno. No podemos hablar de la calidad de su tallado hasta que los observemos más de cerca, pero me inclino a suponer que será perfecto.

El teniente Namura, como barruntando algo que podía ser el principio de un gran peligro, señaló:

—Si son brillantes, deben de estar tallados por una mente inteligente y, que yo sepa, en toda la historia espacial, desde la década de los sesenta en el pasado siglo, jamás se construyo un satélite artificial revestido de brillantes.

—Sí los hubieron de zafiros —observó la teniente Krondaievna.

El capitán Hess, haciendo gala de erudición, concretó:

—Fue de zafiro sintético.

—Al parecer estamos todos de acuerdo en que eso que memos delante y que vamos acompañando en su recorrido gracias a haber acoplado la «Scout U-104» a su velocidad, no es un meteoro natural, sino un artificio espacial ideado por una mente inteligente, ignoramos de qué lugar.

Todos se miraron entre sí, preocupados.

El sargento Sanders, sin abandonar su puesto de telecomunicación, ya que la reunión era tan solo de oficiales, opinó:

—Jamás hasta ahora hemos conseguido capturar un OVNI. En las exploraciones en Marte sólo se consiguieron vestigios de vida primaria, vegetales de escasa evolución. Si eso que tenemos ahí delante es lo que suponemos, habremos hecho el descubrimiento más importante de la humanidad.

—No nos precipitemos —cortó el capitán Snow—, Primero hay que averiguar qué es eso, no podemos hacer observaciones a la ligera ni enviar a la Tierra datos que no poseemos. De momento, habrá que conservar la «Scout U-104» en a cara de este enigmático meteoro que no refleja los rayos del sol. Su corteza diamantífera es cegadora, abrasaría las ratinas de quien lo mirara fijamente. Aquí no hay atmósfera que filtre los rayos solares en toda su extensa gama y lo que nacen los primas de esos diamantes es reverberarlos.

El teniente Namura manifestó:

—Visto a distancia parece un meteoro incandescente, como una bola de fuego a una temperatura mínima de tres mil grados Celsius. Sin embargo, es un meteoro frío, helado. Una gota de agua sobre él sería como una pequeña bola de fragilísimo cristal.

—¿Qué determinación va a tomar ahora que tenemos el meteoro prácticamente al alcance de la mano, capitán Snow? —inquirió Hess.

Antes de que Snow pudiera contestar, Marfa observó:

—Es como una casa de tres pisos de altura. La «Scout U-104» no podría llevárselo pese a ser algo mayor que el meteorito.

—¿Y quién saldrá de la nave para hacer la exploración? —quiso saber el capitán Hess.

Snow aclaró:

—Yo mismo, acompañado de dos miembros del equipo de exploración exterior.

—Yo también debo ir — objetó Marfa Krondaievna—. A mi cargo está el análisis de la «Scout U-104».

—Puede ser peligroso —advirtió Daniel Snow.

—Todos estamos entrenados para esta misión, capitán Snow —dijo Marfa algo molesta por la observación de Daniel que aludía a su constitución femenina que, obligadamente, implicaba debilidad.

—Está bien, pero nadie hará nada que yo no ordene. Usted, capitán Hess, se hará cargo de la nave mientras dure la exploración. Transmita al Centro Internacional de Investigación y Defensa del Espacio lo que hemos descubierto. Dé todos los datos a la computadora central y recepte órdenes.

—Bien, capitán. Teniente Krondaievna, que tengan suerte. Les estaremos observando desde el puente.

El sargento Sanders, un californiano de constitución recia y cabello cortado al cepillo, indicó:

—Estaremos en contacto con ustedes.

—¿Preparamos los cañones láser, capitán? —preguntó el teniente Namura.

—No es necesario —repuso Snow—, No veo peligros contra los que haya que emplear los cañones, vamos sólo a observar algo desconocido. Armstrong, el pionero de la astronáutica. cuando puso su primer pie en la Luna tampoco iba armado.

Marfa y el capitán Snow se encontraron en la cabina de salida al espacio con los dos astronautas elegidos para la misión exploradora. Uno de ellos era el teniente Tungtay y el otro, el sargento Ramírez.

Se colocaron los equipos de supervivencia en el exterior con los autocohetes.

—Sargento Ramírez, lleve usted el equipo de análisis que ha de utilizar la teniente Krondaievna y no se separe de ella.

—Entendido, capitán.

—No es necesario que me ponga escolta como si fuera una adolescente que sale de noche por primera vez.

Daniel la miró con gravedad. Marfa no descubrió en su rostro la más leve sonrisa de ironía.

—Teniente, si hace objeciones a mis órdenes tendré que ponerla bajo arresto y la supliré por otra persona de su departamento.

Marfa Krondaievna no esperaba aquella respuesta pese a saber que Daniel hablaba de una forma cuando estaban a solas y de otra muy distinta cuando daba órdenes hallándose ambos de servicio.

Al capitán no se le olvidaba la gran responsabilidad que entrañaba la comandancia de una nave de aquel tipo. De él dependían muchas vidas y no sólo las de a bordo, sino las de la propia Tierra que se le había encomendado proteger contra cualquier invasor vivo o inerte.

—Sargento Ramírez, únase a la teniente Krondaievna con cuerda de seguridad.

El sargento, que mostraba un largo y bien recortado bigote desenrolló una cuerda de apenas diez pies de largo. Sus cabos, con terminales de acero y aros del mismo metal, quedaron enganchados en los dobles mosquetones que portaban en el cinturón de su traje espacial la teniente y el sargento.

El teniente Tungtay y el propio Daniel Snow llevaban los mismo cinturones con el mosquetón, pero se dispusieron a salir al espacio con plena autonomía.

Se cerraron los cascos sobre sus cabezas y ya preparados el capitán Snow preguntó:

—¿Todo listo?

Los dos hombres y la mujer asintieron, Daniel Snow pulsó un botón rojo y se encendió una luz piloto también roja en la escotilla que tenían delante.

Al mismo tiempo, unas barras de seguridad bloquearon la puerta de acero por la que habían penetrado en la antecámara del espacio.

Se inició la descompresión. El aire de la antecámara fue absorbido avaramente por los canales que lo condujeron a los depósitos de reserva de aire licuado.

Cuando se hubo producido el vacio, la luz roja de la escotilla se tornó verde.

Daniel Snow se acercó a ella y tiró de una gruesa palanca revestida de material plástico rojo.

La escotilla se corrió hacia un lado, desapareciendo en la doble pared del fuselaje.

El vacio quedó frente a ellos.

Miríadas de puntos luminosos, millones de sistemas estelares cada uno de ellos con su sistema planetario y todos desconocidos para el hombre terrestre, terriblemente pequeño ante tanta grandiosidad.

—No se separen demasiado. El objetivo es posarse sobre el meteoro. Ya está comprobado que carece de radiactividad y está frio. La «Scout U-104» permanecerá en todo momento junto al meteoro avanzando a su misma velocidad, de modo que acercándonos al meteoro, en ningún momento quedaremos lejos de nuestra nave. Nos mantendremos en comunicación a intervalos periódicos como estipula el reglamento para las exploraciones espaciales fuera de la protección de la nave. En ningún momento se acerquen a la cara del meteoro iluminada por el sol, podría ser muy peligroso. El corte de un brillante multiplica los rayos y podrían dañarnos. ¿Comprendido?

Los tres asintieron de nuevo ante las observaciones de su comandante segundos antes de abandonar la nave.

Daniel Snow se puso a la cabera del grupo. Tras él, la cemente Krondaievna, alta y espigada, aunque sus atractivos femeninos no podían percibirse debido al grosor y complejidad del traje espacial.

Detrás, unido a la soga, el sargento Ramírez.

Cerraba la marcha el teniente de ojos almendrados Tungtay.

Frente a la escotilla de salida había una amplia rampa con una baranda de seguridad en la que cabían una veintena de astronautas.

La gran nave «Scout U-104» no tenía forma aerodinámica, ya que no estaba proyectada para navegar dentro de la atmósfera terrestre. Había sido construida totalmente en la Tierra por el consorcio de navegación espacial de Europa, pero el ensamblaje se había efectuado fuera de la atmósfera terrestre, junto a la mayor estación orbital que poseía la tierra con sus siete mil servidores.

Desde el mismo nacimiento del año dos mil, las naves espaciales eran ensambladas totalmente en estaciones orbitales-factoría.

Las piezas eran elevadas desde la Tierra a las estaciones orbitales por los cohetes Tierra-órbita, la mayor parte de ellos cargueros de propulsión nuclear con gran potencia de carga.

El gran meteoro estaba casi encima de ellos, a escasa distancia, no más de treinta pies, ya que la nave «Scout U-104» había conseguido acercarse mucho, igualando su velocidad a la del enigmático meteoro.

—Parece una gran bola de cristal tallado —observó Marfa.

—Es una esfera perfecta —dijo el teniente Tungtay.

—Prepárense, hay que subir al meteoro y tomar muestras. También es indispensable saber qué hay debajo de la capa de brillantes.

Daniel Snow fue el primero en poner en marcha sus auto-cohetes de retropropulsión que junto con el resto del equipo de supervivencia espacial se hallaba adosado a la espalda en forma de mochila rectangular.

El cuerpo del capitán Snow se elevó en el espacio, siguiéndole inmediatamente los otros tres miembros de la nave. Segundos más tarde, los cuatro se habían posado sobre el meteoro.

A través del tacto nada podían captar, ya que los guantes que usaban eran triples, pero sí lo hacían los dispositivos de medición de temperatura.

—Tiene una temperatura por debajo de los ciento cincuenta grados Celsius —advirtió Marfa que permanecía unida a la cuerda con Ramírez.

Daniel Snow tenía una sospecha que no traducía en palabras, sólo eran dudas que agobiaban su mente. Sabía que una opinión suya tenía mucho valor y podía crear un estado de alarma no sólo en la nave sino en la Luna, las estaciones orbitales y la mismísima Tierra.

Les era difícil permanecer pegados al meteoro, ya que estaban ingrávidos al haber escapado de la gravedad artificial de su nave.

El meteoro no les ofrecía prácticamente gravedad alguna. Se movían tocando su corteza, mas no conseguían asirse a ella.

La primera alarma partió del teniente Tungtay.

—¡Capitán, capitán, tengo problemas!

—¿Qué le ocurre, Tungtay? —interrogó desde su puesto, comunicándose siempre a través de los emisores y transmisores portátiles ubicados en sus respectivos cascos.

—Tengo varios cortes en los guantes. He debido de frotar demasiado mi mano contra esos malditos brillantes para intentar agarrarme y sus aristas cortan como cuchillas.

—Rápido, teniente, regrese a la nave antes que se despresurice su traje.

La angustia se hizo más patente en la voz del oriental.

—¡Capitán, me estoy despresurizando!

Marfa y el sargento Ramírez, que acababan de escuchar el grito del compañero en peligro inminente de muerte, ya que solo era cuestión de segundos el que ésta sobreviniera, volvieron hacia él sus rostros protegidos por el cristal de los cascos.

Daniel Snow no lo pensó dos veces. Su carga de cohete autónomo era limitado y no podía consumirla en exceso, sin embargo, la puso en marcha dirigiéndose hacia Tungtay.

Nada más llegar a su altura, utilizó sus manos como mordazas cerrándolas alrededor de las muñecas del teniente a modo de torniquete e impidiendo que escapase el aire que tanta falta hacía al

accidentado para su supervivencia.

Tungtay le miró desconcertado. La mirada se le nublaba, le faltaba el oxígeno. Experimentaba una gran sensación de mareo.

Daniel Snow comprendió que todo era decisión suya y en aquella emergencia debía salvar la vida del teniente.

Pulsó de nuevo su retrocohete, mas no se le escapaba que el peso era doble y por tanto, más lento su avance. Si perdían velocidad podían rezagarse en el espacio, flotando en él para toda la eternidad.

Sabiendo que arriesgaba la vida del teniente, Snow soltó una de sus muñecas para poner en marcha los cohetes autónomos del propio teniente.

Con ambos aparatos de desplazamiento funcionando, se separaron del enigmático meteoro regresando a la pasarela de la «Scout U-104».

—¡Emergencia, emergencia! — llamó de inmediato Daniel Snow para que los equipos de emergencia aguardaran dispuestos dentro de la nave.

Tuvo que arrastrar al casi inconsciente Tungtay. Pese a la contención de despresurización efectuada por las fuertes manos del capitán Snow, la muerte avanzaba a saltos hacia él.

Consiguió introducirlo en la antecámara del espacio.

Allí esperaban ya dos hombres del servicio de emergencia con los trajes dispuestos.

La gravedad artificial funcionaba dentro de la nave, lo que dio más seguridad al capitán Snow. Se cerró la puerta, dejando en el exterior a Marfa y al sargento Ramírez sobre el planeta de brillantes.

—Al cilindro de recuperación, rápido.

Sin perder tiempo, mientras la antecámara del espacio recuperaba su presión, le fue quitado el traje de astronauta al teniente oriental, sin que quienes le ayudaban hicieran lo mismo, ya que la atmósfera aún no estaba suficientemente regulada.

El cilindro de rehabilitación quedó abierto y el cuerpo inconsciente del teniente fue introducido en él cuando a través del

radiocomunicador de los cascos se escuchaba un alarido de dolor.

Acababa de cerrarse el cilindro de recuperación y todos quedaron quietos, perplejos.

En el puente de mando, a través de los monitores, estaban viendo el auxilio que se prestaba al compañero accidentado y también, en otra de las pantallas, lo que estaba ocurriendo en el exterior.

—¡Marfa! — llamó Daniel Snow temiendo lo peor.

—¡Sargento, sargento Ramírez, pare su retrocohete! ¡Deténgalo! —gritó angustiada la voz de la fémina.

Los dos astronautas del servicio de emergencia observaron desconcertados al capitán Snow, esperando órdenes.

El capitán Snow, comprobando que Tungtay ya estaba seguro dentro del cilindro de recuperación, pulsó el botón rojo de la puerta que daba al exterior.

La antecámara comenzó a despresurizarse nuevamente. La emergencia había surgido por segunda vez. Era como si unida a aquel extraño y brillante meteoro viajara una maldición del espacio.

—¡Daniel, Daniel! —gritó Marfa ya sin tratamientos, con el miedo en su voz.

—Ya salgo. ¿Qué es lo que sucede? —inquirió a través del intercomunicador de los cascos, esperando ansioso a que se encendiera la luz verde para poder abrir la puerta que daba al espacio.

—¡El sargento Ramírez ha perdido el control!

—¿Ha quedado inconsciente?

Esta vez se cruzó la voz del propio sargento Ramírez, una voz algo seseante, inconfundible.

—¡Estoy ciego, ciego!

CAPÍTULO III

Marfa Krondaievna agregó:

—¡Ha pulsado sus retrocohetes y me arrastra en el espacio!

Al fin, la nave fue abierta. Los dos hombres de emergencia, tras proporcionar una carga nueva a los cohetes del capitán Snow, aguardaban sus órdenes para intervenir.

Nada más salir a la pasarela exterior, vieron al sargento Ramírez que, impulsado por sus cohetes, tiraba de la cuerda que sujetaba a Marfa.

—¡Marfa! —llamó Daniel Snow haciéndose cargo de la situación.

—¡Me arrastra! ¿Me suelto el mosquetón de doble seguridad?

—No

—¿Qué hacemos? Se me lleva —advirtió angustiada.

—Dispara tus cohetes en dirección opuesta a la de él y quedaréis nivelados. Mantén un ángulo de inclinación para que no os abraséis mutuamente con los chorra de los retrocohetes.

La teniente obedeció y la cuerda quedó más tensa que nunca.

El sargento Ramírez, incontrolado por su súbita y total ceguera, tiraba en una dirección por encima de la nave y en el espacio que quedaba entre ésta y el meteoro. La teniente tiraba a su vez con la fuerza de sus retrocohetes en dirección al meteoro.

El capitán Snow puso en marcha sus cohetes con nueva carga y a plena potencia para ir en busca del centro de la cuerda.

Desde el puente de mando fue advertido por el propio capitán Hess.

—Cuidado, capitán Snow. Si pasa entre la energía de los dos retrocohetes, será su fin.

Daniel Snow ya había previsto aquella dificultad. No podía pasar entre los dos chorros que despedían el calor suficiente como para fundir el acero.

Por ello, se elevó algo más y descendió después, evitando los mortíferos chorros. Asió la cuerda o cordón umbilical de seguridad entre la teniente y el sargento y ordenó:

—¡Sargento Ramírez, detenga sus cohetes y usted también, teniente Krondaievna!

Marfa fue la primera en obedecer. El sargento lo hizo vacilante, con torpeza, pero ante la tensión de cuantos observan la escena que se desarrollaba en el espacio, la mano del sargento detuvo al fin su retrocohete y sólo quedó en funcionamiento el del capitán Snow.

Este presionó con su diestra el centro de la cuerda, cambiando de posición para regresar a la nave.

Arrastró a Marfa y al sargento hasta conseguir asirse con la zurda a la baranda de la pasarela. Con el pliegue del codo sujetó la cuerda con la que conducía a sus compañeros y usó la diestra para detener sus retrocohetes y no perjudicarles, ya que en aquellos momentos, los dos astronautas del equipo de emergencia y socorrismo que habían salido a la pasarela, actuaban hasta lograr poner al sargento y a la teniente sobre la misma.

El capitán Snow lo hizo por sí mismo. De inmediato, cogió por el brazo al sargento Ramírez que no veía en qué dirección debía avanzar y lo condujo al interior.

Ya todos dentro de la nave, la puerta se cerró y comenzó la presurización.

En un tenso silencio, todos miraron hacia el panel indicativo de luces a excepción del sargento Ramírez cuyos ojos, a través del cristal del casco protector, podían verse cerrados e inflamados.

—Ya está —suspiró la teniente Krondaievna al ver el piloto verde.

Todos se quitaron el casco. El propio sargento Ramírez comenzó a hacerlo por si misma

A una señal de Snow, uno de los socorristas pulsó el botón de llamada al equipo médico que no habría de tardar en presentarse, ya que toda la tripulación de la nave había permanecido atenta al rescate espacial.

—¿Qué le ha pasado, sargento? —inquirió Snow observándole de cerca ya sin el casco, aunque todavía con el traje de supervivencia espacial puesto.

—Estaba investigando la superficie del meteoro, capitán. Me he alejado algo y, de pronto, una luz cegadora me ha dado de lleno en los ojos. Apenas he tenido tiempo de cerrar los párpados y he sentido que todo mi cráneo ardía.

El médico y el ayudante pasaron a la cámara ya normalizada para la supervivencia humana.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —inquirió rápido.

— Los ojos del sargento Ramírez han recibido probablemente los rayos solares en toda su gama, desde los ultravioleta a los infrarrojos, multiplicados por los prismas de los brillantes.

El equipo médico se llevó al sargento a la enfermería.

Quitándose los trajes espaciales, Marfa y Daniel Snow quedaron a solas.

—¿Crees que quedará ciego definitivamente? —inquirió la ven angustiada.

—Depende del tiempo que sus pupilas hayan permanecido expuestas a esa luz cegadora. En la propia Tierra, mirar a un brillante

al que le dé el sol, resulta cegador, pero aquí en el espacio, sin el tamiz que representa la atmósfera terrestre, el brillante refleja una cantidad de rayos que no sólo son cegadores sino mortales.

—Sólo han sido unos instantes.

—Esos instantes podrían dividirse en mil, y según el tanto por mil que haya tenido de exposición, así será el perjuicio recibido por el sargento Ramírez, no sólo en su vista sino en todo su cerebro.

Pasaron al puente de mando donde, además de los oficiales de la nave, les aguardaba el capitán Hess.

Este, con mal disimulada sonrisa y ahuecando algo la voz, dijo a guisa de saludo:

—Parece que la exploración ha sido accidentada.

—Sí, debemos de esperar el parte médico para saber en condiciones están el teniente Tungtay y el sargento Ramírez —respondió Snow dirigiéndose hacia su sillón de mando.

Desde aquel puesto privilegiado observó el gran meteoro que les ofrecía la cara que no reflejaba los rayos solares.

—Sargento Sanders.

—Capitán —respondió el interpelado volviendo su rostro.

—¿Algún mensaje del CIIDE?

—Aguardan más datos, capitán. Tienen conocimiento de la exploración que se está realizando.

—¿Va a comunicar de inmediato que la exploración ha sido un fracaso, capitán? — preguntó el capitán Hess.

Daniel Snow ya se maldijo a sí mismo el día en que le impusieron como segundo de a bordo a aquel astronauta frustrado, veterano pero rencoroso por su posición que creía humillante por lo segundona.

Hubiera querido responderle que no se hiciera ilusiones respecto a comandar la «Scout U-104» por el momento, pero pensó que una agria discusión entre ambos sólo perjudicaría el buen ambiente de la tripulación. Por ello, repuso:

—Daremos el parte en cuanto lo recibamos de enfermería. Soy el comandante de la nave, no médico para diagnosticar traumas producidos por accidentes espaciales.

—Brasilia al habla, capitán —advirtió el sargento.

CAPÍTULO IV

—Póngame en contacto.

En una pantalla apareció el consejo del Centro Internacional de Investigación y Defensa del Espacio o CIIDE, radicado en Brasilia.

El capitán Snow sabía que en otra pantalla situada en la sala de juntas de CIIDE les estaban observando a su vez.

—Capitán Snow.

—Capitán Snow a la escucha — respondió.

—¿Tiene más datos del meteoro?

—Hemos salido para hacer una exploración directa que no ha podido ser completa ya que hemos tenido dos accidentes graves en principio.

—¿Alguna baja, capitán Snow? —inquirió el mariscal Evenoir, director del Centro por tres años según regulaba la constitución del CIIDE del que dependían y participaban todas las naciones del mundo.

—No tenemos aún los diagnósticos médicos, pero podría ser grave para el sargento Ramírez.

—Ha quedado ciego —se apresuró a decir el capitán Hess.

Hubo un murmullo en la sala de juntas donde se reunían los doce altos directores de quienes dependían todos los departamentos del Centro.

Snow lanzó una mirada fulminante a Hess, quien trataba de perjudicarles en el fondo para obtener así el mando de la nave.

—Cuando tengan el diagnóstico médico comuníquenlo junto con todo el informe de lo ocurrido.

—Perfectamente —respondió Snow lacónico y molesto

—¿Qué han podido averiguar acerca del meteoro además de los datos que nos han facilitado con anterioridad? — inquirió la voz del presidente Evenoir.

—Les enviaremos unos primerísimos planos de la superficie del extraño meteoro. Son diamantes cortados en seis planos visibles y en forma piramidal, con una altura que debe de ser igual a la longitud de uno de los lados del hexágono regular que forma su base. Nada podemos decir respecto a la forma de estos brillantes en la pared oculta del plano hexagonal de su base que está fijada sobre la segunda capa del meteoro.

—Es muy interesante. Siga, capitán Snow, ¿qué es lo que hay detrás de esos brillantes que forman la capa externa del meteoro?

—La teniente Krondaievna, jefe de la sección de análisis, es quien puede dar datos más exactos.

Marfa, sabiendo que la estaban observando desde la lejana Tierra, explicó:

—Las aristas de cada uno de los millares de brillantes que componen la corteza del meteoro están perfectamente unidas entre sí como si se tratara de un panal de abejas. Les encajes de las aristas de unión de los brillantes son tan perfectos que no hay ninguna fisura entre ellos y tampoco conocemos el grosor de estas aristas que podrían ser planas. Para averiguar algo más, tendría que inspeccionarlo un especialista en gemología, y con el equipo correspondiente hacer saltar uno o varios de esos brillantes.

—Bien, teniente. ¿En su análisis ha obtenido algún dato más?

Tras la pregunta formulada desde el CIIDE de Brasilia, Marfa repuso:

—He detectado hierro, platino, oro tungsteno, wolframio, cobalto y uranio en pequeñas cantidades, pese al filtro que ha significado la capa diamantífera. Lo que ignoramos es la cantidad de cada uno de los metales detectados y qué más contiene el meteoro.

A continuación, el mariscal Evenoir se dirigió a Daniel Snow.

—Capitán Snow, ¿cuál es su primera impresión sobre todos los datos conseguidos?

—Con reservas, mariscal, ese meteoro es artificial.

Se produjo primero un intenso silencio y luego murmullos en la junta direccional del CIIDE.

En la propia nave «Scout U-104» aumentó la tensión. Todos habían sospechado algo ante la perfección del objeto que estaban más que siguiendo, custodiando en su viaje a veinticuatro mil millas hora en dirección a la Tierra.

—¿Se da cuenta de que lo que ha dicho es grave, capitán Snow?

—Mariscal, he dicho con reservas. Para determinarlo con certeza habría que efectuar más análisis y eso no es fácil en el espacio. Ya tenemos dos heridos, el uno por despresurización debida a los cortes que en su traje han hecho las aristas de esos brillantes, que sin duda alguna han sido tallados por manos muy expertas. Es más, me atrevería a asegurar que por una máquina de joyería de altísima precisión y desconocida en la Tierra.

—¿De modo que cree que se trata de una nave extraterrestre? —preguntó directamente el mariscal Evenoir.

El capitán Hess carraspeó y antes de que Snow pudiera responder, dijo:

—El capitán Snow, supone, mariscal. Aparte de los brillantes, que no cabe duda alguna están tallados, ese meteoro aparece frío en su totalidad.

El capitán Snow no quiso discutir con el capitán Hess que se

entrometía demasiado sin estar facultado para ello y corroboró:

—Así es, mariscal. No hemos descubierto puertas ni ventanas en toda la superficie del meteoro que hemos podido ver. Las aristas de los brillantes encajan a la perfección las unas con las otras, ocultando y defendiendo su interior, un interior que forzosamente y debido a su densidad, está hueco o tiene grandes partes vacías. Podría ser una nave procedente de otro sistema estelar, quizá de otra Galaxia, cuyo interior ha muerto lo mismo hace una década que un millón de años, ya que ignorando los lugares por donde ha viajado, va a resultar muy difícil calcular su tiempo por el desgaste de los planos y aristas de los brillantes al atravesar nubes de micro meteoritos o al recibir los rayos solares.

—Capitán Snow, la junta del CIIDE determina que han hallado ustedes un objeto no identificado de enigmáticas y extraordinarias peculiaridades. Por lo tanto, debe realizarse una investigación a fondo. Es de gran interés para la ciencia espacial, la comunicación cósmica y la relación de la Tierra con los espacios siderales. Por lo tanto, acuse la orden de abandonar su zona de vigilancia y conduzca la extraña esfera hasta la estación lunar que le indicaremos en su momento.

—Mariscal, no sé si será suficiente la «Scout U-104» para sujetar esa extraña esfera, desviarla de su rumbo y conducirla a la Luna, sin olvidar el problema que significaría el alunizaje con este sobrepeso.

—Esos problemas los resolveremos en su momento, capitán Snow. A partir de este instante, los técnicos más especializados trabajarán en este asunto. Deberá usted resolver por sus propios medios el sujetar esa esfera a su nave y llevarla hasta la órbita lunar. Con la Tierra no podemos contar. El roce de una nave de tales dimensiones con la atmósfera terrestre podría quemar la capa de brillantes que la recubre. La Luna carece de atmósfera y no habrá tal problema, de modo que si nos lo proponemos lograremos depositar la esfera intacta y sin deterioro alguno sobre la Luna y allí se realizará un completo estudio de la misma.

—Acuso órdenes, mariscal. La «Scout U-104» se hace cargo de la extraña esfera y la conducirá a la órbita lunar.

—Capitán Snow —añadió el mariscal en tono grave—, tomen toda clase de precauciones para que no resulte nadie más accidentado. Corto y buena suerte.

El capitán Snow desconectó a su vez la clavija y en su pantalla

se borró la imagen de la junta directiva del CIIDE, máximo órgano del espacio del cual dependían.

Snow se levantó.

Miró a su alrededor; todos le observaban expectantes esperando sus palabras.

Pulsó un botón para que sus palabras pudieran escucharse en toda la nave y dijo:

—Al habla el capitán Snow. Se nos acaba de encomendar una grandiosa pero grave y arriesgada misión que la «Scout U-104» deberá cumplir en su totalidad. No les pido el máximo de atención y esfuerzo porque sé que a cada segundo, a cada hora, a cada día que pasa se lo están dedicando sin regateos. Sólo les pido confianza en ustedes mismos, en sus propios valores. La «Scout U-104» ha cumplido siempre con sus objetivos, por difíciles y arduos que éstos hayan sido y ahora tampoco fallará. Suerte.

Cortó la comunicación.

CAPÍTULO V

La popa de la «Scout U-104» era doble, en forma de monumental horquilla. Dos grandes cilindros de dieciséis pies de diámetro cada uno se bifurcaban en el corazón de la nave, y en el extremo final de los mismos se acoplaban los motores nucleares que impulsaban la nave cuando resultaba necesario maniobrar o aumentar su velocidad, ya

que la velocidad, una vez alcanzada, se mantenía sin propulsión alguna debido a que no habla atmósfera alguna que la frenara.

—Mi plan es acoplar la esfera que nuestro *chipper* [1], sargento Sanders ha dado en bautizar como el meteoro Maharajá, por lo brillante y descomunal de tamaño, sobre los dos cilindros que componen el tercio posterior de nuestra nave.

El teniente Namura observó:

—El diámetro de Maharajá es ligeramente superior al espacio que media entre los dos grandes cilindros que forman nuestra popa y que contienen las salas de motores.

El capitán Hess, con gesto de preocupación, señaló el esquema dibujado de la nave y objetó:

—Podría ser que la presión de Maharajá entre los dos cilindros llegara a separarlos o se filtrara entre ambos y no sólo perderíamos la esfera, sino que nuestra nave se partiría o agrietaría, cuando menos en el punto de bifurcación que es precisamente el lugar donde nos hallamos, es decir, el puente de mando. Ello equivaldría a la destrucción total de la «Scout U-104» con la consiguiente muerte de sus ciento sesenta y tres tripulantes. Según mi opinión, es una operación muy arriesgada y peligrosa. Más bien me inclinaría por sujetar el meteoro con cables de arrastre y llevarlo tras de nosotros a prudente distancia sin exponer para nada el resto de la nave.

—Capitán Hess, nuestra nave no tiene unos agarraderos suficientemente, resistentes para sujetarle cables que tiren de esa esfera, en especial cuando nos acerquemos a la Luna. Al llegar a su órbita, el meteoro tratará de precipitarse verticalmente sobre la Luna y nos arrastraría en su caída, de modo que nos arriesgaremos en colocarla sobre nuestra nave como si fuéramos un carguero más, y de este modo entraremos en órbita lunar en forma tangente y no perpendicular, lo que resultaría funesto para todos. ¿Hay alguna objeción? —preguntó a la oficialidad reunida en el puente de mando.

Se produjo un silencio de aceptación y el capitán Hess, viendo que su opinión no era tenida en cuenta, sonrió mordaz asintiendo:

—Correcto, capitán Snow, hagámoslo a su manera. Después de todo, la responsabilidad y la nave son suyas.

Irónico también, Snow replicó:

—No se me escapa ese detalle, capitán Hess. Ahora que todos los departamentos se pongan a trabajar. Yo dirigiré personalmente la operación. La primera fase a realizar es la colocación precisa de nuestra nave por debajo del Maharajá. La aproximación se hará con el máximo de lentitud para que la cubierta de brillantes no dañe el fuselaje de nuestra nave. La segunda parte de la operación será sujetar con cables el meteoro a la gran horquilla que forma nuestra doble popa. De esta forma no podrá escapársenos.

Daniel Snow estaba cansado del capitán Hess y le pareció que su retorno a la Luna podía ser una buena ocasión para sugerir que el capitán Hess fuera destinado a otra parte, quizá a la comandancia de algún carguero Luna-Tierra.

De esta forma, se quitaría de encima un tripulante negativo y le daría una oportunidad de reivindicarse con el mando de una nave, aunque tal nave fuera un simple carguero.

El capitán Hess ya no se sentiría humillado de tener que aceptar órdenes de un capitán diez años más joven y, en consecuencia, muchísimo menos veterano que él.

—Teniente Namura, tenga su panel de control preparado —ordenó Snow.

El resto de los tripulantes de la torre de mando hizo lo propio y desde su sillón de control, notando a su lado la presencia del capitán Hess observándole, Daniel Snow comenzó a maniobrar la nave.

En principio, pulsó el encendido de los motores y con movimientos muy lentos situó la nave debajo del meteoro.

La «Scout» fue movida adelante y atrás hasta que el capitán Snow, controlándola por las cámaras exteriores de televisión tridimensional, halló el lugar justo en que pensó debía encajarse la enigmática esfera.

Abrió la clavija de órdenes.

—Al habla el capitán Snow, atención todo el mundo. En diez segundos haremos el improvisado ensamblaje con la esfera capturada. Estén todos alertas ante posibles averías que pudieran producirse. Si ocurre algo anormal, comuníquenlo de inmediato al puente de mando.

En aquellos instantes, todos los tripulantes de la nave quedaron en suspenso.

La «Scout U-104» estaba colocada justo debajo de Maharajá y sólo tenía que elevarse unos pies para que el meteoro, que tenía un movimiento de traslación exacto al de la nave, quedara encajado. Ambos semejaban detenidos en el espacio.

El capitán Snow, con firmeza en su mano, elevó la nave pulgada a pulgada para evitar cualquier choque brusco que pudiera dañar el fuselaje de la misma.

La esfera fue encajándose lentamente en la gran horquilla formada por los dos cilindros de popa. Se escucharon unos roces y la nave tembló ligeramente.

El capitán Hess, en pie, palideció. Al fin, de nuevo la estabilidad completa. La esfera había quedado encajada en a horquilla y todos respiraron de alivio. Daniel Snow abrió a clavija de órdenes.

—Al habla el capitán Snow. Ensamblaje conseguido. ¿Hay averías en alguna sección?

Se produjo un intenso silencio y todos aguardaron resultados que en el espacio podían resultar funestos, mas nadie dijo nada. Ninguna voz entró en comunicación dando alarias y Snow dijo satisfecho:

—Operación perfecta, sin averías.

Se escuchó un hurra general en toda la nave. El capitán Hess, recobrando el color, suspiró:

—A esto le llamo yo tener suerte, capitán Snow.

—Siempre hace falta un poco de suerte para conseguir grandes cosas, capitán Hess, pero para que la suerte sea huera hay que estar preparado para recibirla.

El equipo de mantenimiento especializado en labores de amarre se hallaba preparado en la antecámara del espacio. Provistos de cables y sellacables, salieron al exterior.

Por orden del capitán Snow, se proveyeron de guantes especiales que se superponían a los normales y que iban revestidos de malla de acero. También los cristales de los cascos habían sido equipados con potentes filtros que les libraren de posibles cegueras como le había ocurrido al sargento Ramírez.

La operación de sujetar Maharajá a la nave terrestre fue larga y laboriosa, seis horas con cuatro relevos de los grupos de astronautas.

Al fin y sin ningún percance, la esfera quedó sólidamente sujeta a la popa de la «Scout U-104» sin que la corteza de brillantes quedara expuesta a los chorros de energía de los tubos que propulsaban la nave.

—Capitón Hess, tome usted el mando de la nave. Viajamos rumbo a la Luna, operación de captura y ensamblaje del meteoro concluida. Sargento Sanders.

El californiano de cabello cortado al cepillo se volvió hacia él.

—Capitón.

—Comunique a la Tierra que la operación ha sido correcta y sin más bajas. Tomamos la ruta de la Luna.

Daniel Snow abandonó el puente, necesitaba descansar.

Cuando se dirigía hacia su hábitat se encontró con Marfa Krondaievna que salía de la enfermería.

Antes de que ella dijera nada, Daniel Snow buscó en las profundas y verdes pupilas de la mujer la verdad de lo que ocurría, la verdad sobre el teniente Tungtay y el sargento Ramírez.

—¿Qué noticias hay, Marfa?

CAPÍTULO VI

Tras la radiosauna que desintoxicó, limpió y pigmentó la piel de todo su cuerpo durante los minutos estipulados por la computadora central de la nave, automáticamente cayó sobre ella una finísima lluvia de agua fría que brotaba del techo y las paredes del cuarto de baño cerrado.

La bella y joven teniente soportó la sensación fría que terminaría por dejar su piel impecable, cerrando todos sus poros como profilaxis ante la posibilidad de pequeños virus.

Minutos más tarde, vistiendo una ligerísima bata corta de tela más suave que la seda natural que siglos atrás usaron los hijos de Oriente, salió del cuarto de baño.

Daniel Snow la aguardaba en la pequeña salita que tenían como privilegio los oficiales dentro de la «Scout U-104».

El hombre permanecía sentado en el sofá de dos plazas, máximo que cabía en los reducidos *livings* tomando un «bourbon» especial para astronautas carente de todo ingrediente que pudiera causar toxicidad.

Por supuesto, aunque en el sabor no se notara, el «bourbon» no contenía alcohol. En toda la «Scout» no había más alcohol que el que se hallaba en la enfermería.

Se sabía que había contrabando de bebidas alcohólicas en las estaciones lunares y si bien en las secciones dependientes del CIIDE estaba totalmente perseguido, existía cierta tolerancia en las estaciones mineras.

—Me siento como nueva —dijo Marfa.

—¿Un trago? — Ofreció Daniel Snow pese a estar en la habitación de la joven.

—Sí, gracias.

—No podemos quejamos de las comodidades que nos ofrece una nave como la «Scout U-104» —observó él.

—Comodidades un poco estrechas —repuso Marfa mirando en derredor de su *living,* convertible en alcoba cuando deseaba dormir,

—Diez metros cuadrados por oficial no es mucho, pero peor estuvieron los pioneros del espacio.

—Los «Apolo» son la prehistoria de la conquista del espacio, querido —recordó ella con cierta ironía sentándose junto a él en el cómodo sofá anatómico.

—Quizá cuando pasen los siglos habrá la seudohistoria y la verdadera historia que habrá nacido con la televisión, las grabadoras y las primeras salidas al espacio. Neil Armstrong podría ser el nuevo Adán, símbolo del hombre, de su futuro y de su inteligencia.

—Al pobre Neil le faltaba una Eva. Sin embargo, opino que el primer hombre que merece ser llamado Adán de la nueva era fue Yuri Gagarin.

—Sí, y la Eva, la Tereshkova. Siempre la madre Rusia por delante. El regionalismo tira mucho aunque hace ya casi un siglo que la Tierra tiene un monogobierno federal y democrático.

—Cariño, olvidemos a los pioneros. Dejémoslos dormir en paz su largo sueño de siglos y hablemos de cosas más actuales.

Daniel Snow había escanciado el sintético «bourbon» que en el fondo les vitaminizaba los nervios y dijo:

—Me inquieta el sargento Ramírez.

—El «doc» dice que cuando la inflamación disminuya, quizá

recupere la vista,

—La vista es uno de los órganos más preciosos que poseemos, quizá el sentido más necesario. Se han inventado muchas cosas, incluso ya no hay problemas con la cirugía, trasplante e implante de ojos, pero si es el nervio que conecta con el cerebro el dañado, en fin, esperemos que todo salga bien para el sargento Ramírez.

—Por lo menos, el teniente Tungtay se ha recuperado del coma que le causó la despresurización.

—Sí, logramos rescatarlo a tiempo.

—Se consiguió gracias a ti.

—Era mi obligación. Hubiera sido estúpido olvidar una de las primeras reglas del socorrismo en el espacio.

—Siempre andas restándote méritos. En cambio, ese engreído e insoportable Hess...

—Olvídate de él o compadécelo. Hasta que no obtenga la comandancia de una nave espacial, aunque sea un simple carguero de minerales, no se sentirá satisfecho con nadie ni consigo mismo. Aunque no quiera reconocerlo, sabe que cometió un error cuando perdió su nave y trata de hacer méritos para que le den el mando de una nueva y se olvide su pasado.

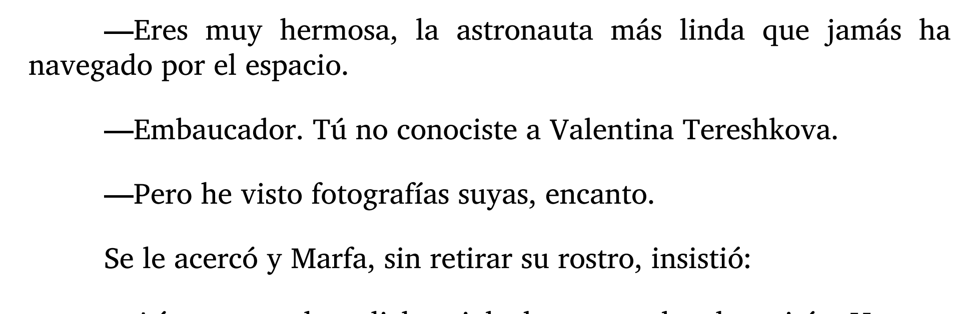
—Y mientras, intentará obtener su prestigio a costa del tuyo.

—Descuida, cuando lleguemos a la Luna le recomendaré para la comandancia de una nave, un carguero por ejemplo. Aunque solo gobierne a un par de tripulantes ya se sentirá más satisfecho. Por supuesto, no sería yo quien le recomendase para llevar adelante el mando de una nave como la «Scout U-104» con ciento sesenta y tres tripulantes a bordo.

—¿Se lo has dicho?

Daniel Snow sonrió con sarcasmo antes de tomar un sorbo del liquido que tenía en el vaso.

Miró a Marfa. Estaba muy bonita con aquella especie de *deshabillé* color amarillo brillante que dejaba totalmente al descubierto sus piernas y brazos.



—Eres muy hermosa, la astronauta más linda que jamás ha navegado por el espacio.

—Embaucador. Tú no conociste a Valentina Tereshkova.

—Pero he visto fotografías suyas, encanto.

Se le acercó y Marfa, sin retirar su rostro, insistió:

—Aún no me has dicho si le has contado al capitán Hess tu intención de recomendarle para comandar una nave.

—Cariño, eres bonita, sutil y no sé cuántas cosas más, pero no eres muy buena psicóloga. Si le dijera eso al capitán Hess me guardaría rencor toda la vida. El no quiere favores de mi, se sentiría más humillado que ahora. Es preferible que nadie le diga nada y que cuando le destinen una nave crea que es por sus propios méritos.

Marfa alzó su mano y posó su índice diestro sobre los labios varoniles. Los acarició con suavidad, como dibujándolos.

—Yo lo decía para que dejara de molestarte, nunca se sabe lo que puede hacer.

—Eres muy convincente, Marfa, pero me estás haciendo cosquillas en los labios.

Ella rió levemente.

—Por eso lo hago.

—La industria, la técnica espacial avanza, pero las mujeres seguís siendo mujeres.

—Bésame.

Tras mirarla con una intensidad casi pareja a la del láser, la besó.

Los dos estaban encendidos. Con voz casi ronca, en tono bajo, la mujer susurró apenas:

—¿Ves cómo pese a la industrialización y a la técnica espacial, los hombres seguís siendo hombres?

Con ligero sarcasmo, él preguntó:

—Debes pensar que estás jugando conmigo como un gato con un ratón, como en esos cuentos clásicos que nos llegaron en los «videotapes».

—Y que jamás pasarán de moda —observó ella—. Siempre habrá nuevas generaciones que no los han visto y que reirán con ellos. Desgraciada la humanidad cuando sus niños no rían con los «comics» clásicos y los hombres dejen de ser hombres como tú sabes que deben ser.

—Y las mujeres dejen de ser seductoras —agregó acariciándole el áureo cabello, suelto y lacio después de la radio sauna y ducha y un secado casi instantáneo con las ES-microondas.

El hombre cerró los ojos y ella le besó los párpados. Eran besos pequeños, casi imperceptibles, besos que recorrieron su frente, sus pómulos y terminaron en la boca con una caricia.

—Daniel, me gustaría arrancarte las preocupaciones que invaden tu cabeza.

—Sí, no puedo negarte que tengo problemas. Esa extraña cosa que hemos capturado y que transportamos hacia la Luna, encierra grandes y oscuros misterios.

—Tú sólo eres el hombre que ha capturado el meteoro. A otros les tocará descifrar su significado, lo que encierra, como a los egiptólogos les tocó desentrañar lo que ocultaban las milenarias pirámides.

—Se han hecho algunas observaciones con mucho cuidado, yo mismo he salido un par de veces al exterior para ver de cerca la esfera y no he podido descubrir más que su superficie de brillantes, bellos pero agresivos como las púas de un cactus del desierto que se defiende con ellas del exterior.

—Y que dentro oculta una pulpa sabrosa o cuando menos refrescante —musitó ella rodeándole el cuello con sus brazos desnudos.

—Debo de parecerte un estúpido.

—¿Por qué? —inquirió Marfa sin disimular la admiración y el amor que sentía por su capitán.

—Por pensar que eso de ahí afuera está maldito. —Se sonrió con

sarcasmo—. En el siglo diecinueve comenzó a dejarse de creer en maldiciones y brujerías. En la década de los setenta del siglo veinte hubo un rebote de superstición, pero la parapsicología se hizo adulta y fuerte y barrió las supuestas magias y hechizos. Sin embargo, tengo el presentimiento de que eso que transportamos tiene algo de maldito.

—Estás preocupado, Daniel, solo eso, preocupado. Es agotador comandar una nave como la «Scout» y permanecer meses lejos de una estación orbital o lunar donde hay espacio para divertirse con más amplitud, donde se pueden tomar unas vacaciones.

—Sí, puede que sea cansancio. Las pirámides también fueron consideradas malditas, pero luego se descubrió que de malditas no tenían nada. Se encontraron tesoros del antiguo Egipto que ayudaron a descifrar la historia de la humanidad e incluso se tuvieron muy en cuenta descubrimientos realizados por sabios del remoto Egipto.

—Sí, eso podría ocurrir con el meteoro de brillantes. Seria sensacional que resultara una tumba, un motivo funerario trasladándose en el espacio por los siglos de los siglos.

Daniel Snow rió ligeramente y Marfa volvió a sellar sus labios con los ojos.

Los ojos de ambos se cerraron; quizá los párpados pesaban demasiado.

CAPÍTULO VII

—Atención, atención astropuerto lunar, atención centro control astropuerto lunar, llama «Scout U-104», llama «Scout U-104» —insistió el sargento Sanders.

Todos los puestos de la nave permanecían atentos. El propio capitán Snow controlaba el puente de mando.

El capitán Hess, en lugar de descansar, prefería estar en el puente de mando en aquellos instantes en que arribaban a la órbita lunar.

Se iluminó la pantalla de telecomunicación apareciendo en ella el oficial del centro de control de astropuerto lunar.

—Al habla el general Baroccio. Hemos recibido su llamada, «Scout U-104».

El sargento Sanders pulsó un botón y se encendió una luz verde en el cuadro de mandos que el capitán Snow tenía delante. En aquellos instantes tenía comunicación directa y aparecía en los monitores del centro de control selenita.

—Mi general, vamos a maniobrar para entrar en órbita.

—Tiene libre el canal de cincuenta a sesenta mil pies. Punto de referencia, Alfonso X el Sabio.

—Entendido, mi general.

—Sigan las instrucciones y no sufrirán colisión alguna con satélites y estaciones orbitales.

—Correcto, mi general, pero manténgase en comunicación constante con esta nave. Vamos sobrecargados y el alunizaje podría resultar peligroso.

—Conocemos todos los detalles, capitán Snow. El propio mariscal Evenoir se ha trasladado a la Luna. Manténgase en órbita y le enviaremos unos motores de control remoto que sus hombres deberán acoplar en la «Scout U-104» como refuerzo para el alunizaje. Tiene todas las referencias, capitán Snow. Le paso comunicación con el mariscal Evenoir que se halla en el punto Aw-4 del «Miner Center».

—A la espera de conexión, mi general.

De inmediato apareció en pantalla el rostro enjuto y venerable

del mariscal Evenoir que les habló con su ligero acento francés.

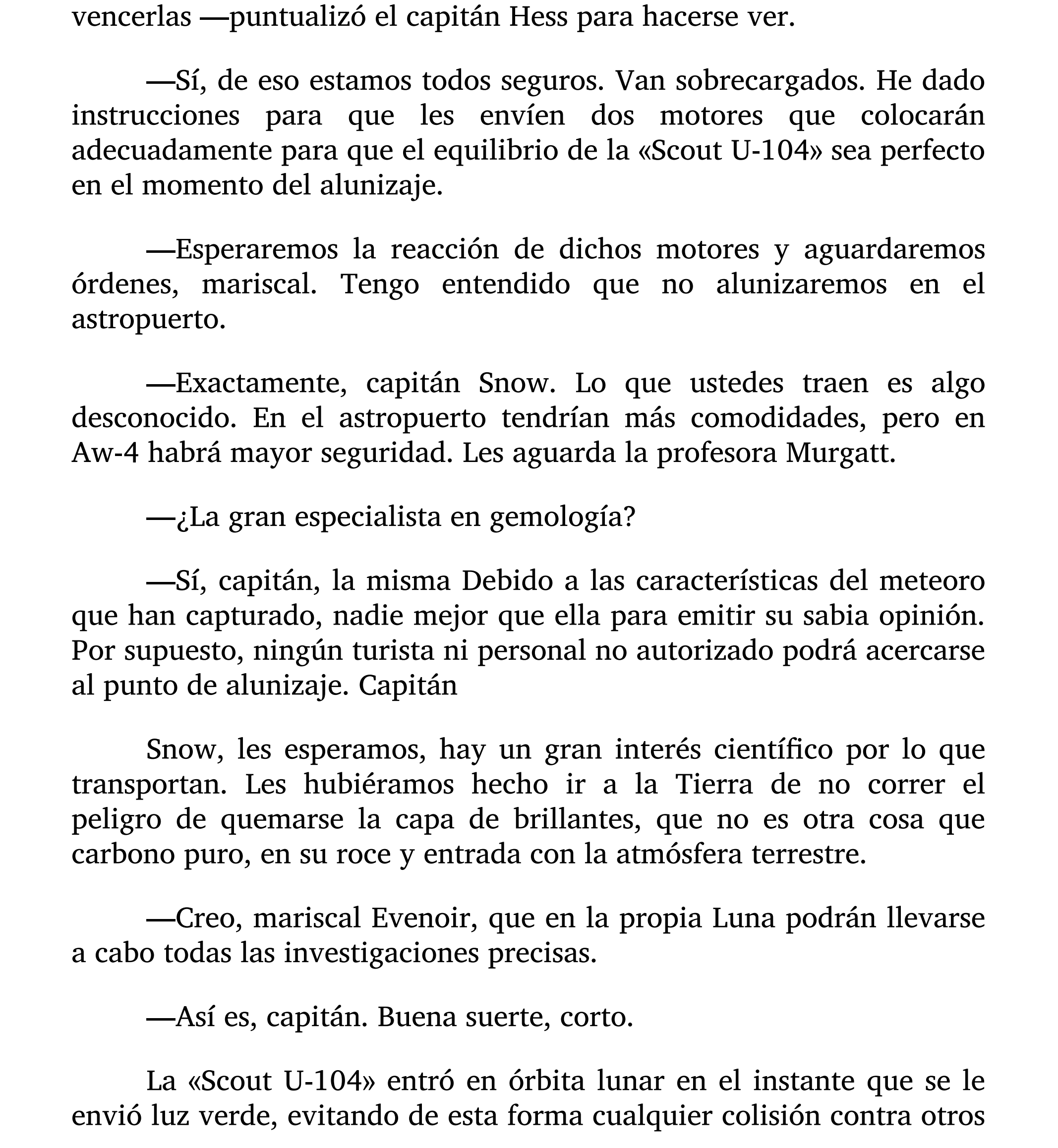
—Capitán Snow…

—Le audiovisualizo perfectamente, mariscal Evenoir.

—Debo felicitarle por la captura del extraño meteoro que sé han bautizado un poco socarronamente como Maharajá.

—Felicite a toda la tripulación, mariscal Evenoir. Todos hemos participado por igual en su captura.

—Hemos tenido algunas dificultades, pero hemos conseguido vencerlas —puntualizó el capitán Hess para hacerse ver.



—Sí, de eso estamos todos seguros. Van sobrecargados. He dado instrucciones para que les envíen dos motores que colocarán adecuadamente para que el equilibrio de la «Scout U-104» sea perfecto en el momento del alunizaje.

—Esperaremos la reacción de dichos motores y aguardaremos órdenes, mariscal. Tengo entendido que no alunizaremos en el astropuerto.

—Exactamente, capitán Snow. Lo que ustedes traen es algo desconocido. En el astropuerto tendrían más comodidades, pero en Aw-4 habrá mayor seguridad. Les aguarda la profesora Murgatt.

—¿La gran especialista en gemología?

—Sí, capitán, la misma Debido a las características del meteoro que han capturado, nadie mejor que ella para emitir su sabia opinión. Por supuesto, ningún turista ni personal no autorizado podrá acercarse al punto de alunizaje. Capitán

Snow, les esperamos, hay un gran interés científico por lo que transportan. Les hubiéramos hecho ir a la Tierra de no correr el peligro de quemarse la capa de brillantes, que no es otra cosa que carbono puro, en su roce y entrada con la atmósfera terrestre.

—Creo, mariscal Evenoir, que en la propia Luna podrán llevarse a cabo todas las investigaciones precisas.

—Así es, capitán. Buena suerte, corto.

La «Scout U-104» entró en órbita lunar en el instante que se le envió luz verde, evitando de esta forma cualquier colisión contra otros

satélites artificiales o estaciones orbitales.

Se situaron en el cinturón indicado de cincuenta a sesenta mil pies de altura, tomando como punto de referencia el cráter Alfonso X el Sabio sobre el que debían pasar cada vez que dieran una vuelta completa y exacta a la Luna.

Ya situados en órbita, del satélite despegó una nave pequeña portadora de dos motores que habrían de superponerse a la «Scout U-104».

Cuando efectuaban la tercera órbita, apareció en el cinturón la nave carguero que fue en su busca. La «Scout U-104» se dejó atrapar.

Ya fuera de ella aguardaba un equipo técnico de diez astronautas con sus trajes espaciales para recibir los motores extras e instalarlos debidamente.

El ensamblaje de la nave carguera se efectuó sobre el techo del puente de mando, ya que allí existían unos raíles en los que podían acoplarse los cargueros de suministros, trajeran víveres, agua o simples cartuchos nucleares de combustible.

Daniel Snow controló y coordinó desde el puente de mando y a través de las pantallas la colocación de los motores.

Después, éstos fueron graduados para que desde el puente de mando y mediante ondas de control remoto, pudieran ser encendidos en el momento adecuado.

—Operación terminada —señaló el oficial que dirigía el equipo de técnicos que habían trabajado en el exterior.

—Bien, regresen al interior. El carguero puede despegar.

La nave carguera, ya libre del peso de los motores, se alejó de la «Scout» que era casi diez veces mayor que ella.

—Atención, atención, llamo al centro de control del astro-puerto lunar.

En pantalla apareció de inmediato el rostro del general Baroccio con sus largos bigotes cuyas puntas sobresalían algo en aire, recordando a algún tenor milanés.

—Les tenemos controlados en la pantalla del radar. Sigan

instrucciones y alunizarán en el punto previsto. Les advertiremos en el momento exacto de encendido de motores para desorbitar, acelerar el descenso y luego decelerar con la ayuda de los motores auxiliares que les hemos enviado.

—Sigo instrucciones, mi general.

Toda la «Scout U-104» se puso en tensión. El momento más difícil había llegado.

El peso extra del enigmático meteoro podía hacerles estrellar contra el suelo lunar si los motores auxiliares no funcionaban en el momento justo. La «Scout», con su excesiva carga en la popa, perdería el equilibrio y de nada servirían los retrocohetes.

Se encendió el piloto rojo de la señalización enviada desde el centro de control del astropuerto lunar.

La gran nave disminuyó su velocidad orbital. Las cifras de las décimas de segundo comenzaron a pasar veloces, apenas visibles para el ojo humano, aunque la computadora de a bordo, sí las captaba.

Daniel Snow puso su pulgar sobre el botón cinabrio que tenía ante sí. En el punto justó en que el cero aparecía en su monitor, lo oprimió con fuerza y seguridad a la vez.

La nave tembló ligeramente.

Salió de su órbita e inició el descenso sobre el punto escogido. El teniente Namura fue señalando:

—Cuarenta y nueve mil pies, cuarenta y ocho mil pies, cuarenta y siete mil pies.

La distancia que les separaba del satélite natural de la Tierra era cada vez menor. Caían sobre él a velocidad vertiginosa. Si luego no funcionaban correctamente los retrocohetes y los motores auxiliares la «Scout» con su Maharajá, caería sobre la Luna produciéndole un cráter más y desintegrándose todos ellos.

Sería una destrucción total y los sismógrafos lunares captarían la caída como si fuera un seísmo de gran intensidad.

Se produjo un silencio opresivo y absoluto, ni siquiera les hablaron por la pantalla desde el control selenita. Solo aparecían rápidas cifras en el monitor.

La voz del teniente Namura sonó penetrante, obsesiva.

El capitán Hess, al igual que toda la tripulación de la nave, se había acomodado en la butaca anatómica cerrando el cinturón de seguridad para evitar salir despedido dentro de la nave como si estuviera en una gigantesca coctelera, si la «Scout» efectuaba un alunizaje brusco tal como se presentía por el exceso de peso que llevaban.

—Veinticuatro mil pies, veintitrés mil pies...

La Luna estaba ya muy cerca de ellos.

La gran ventana panorámica, al igual que todas las aberturas que poseía la nave, estaba cerrada con sus contraventanas de acero. Sólo veían la Luna a través de las cámaras televisivas que les enviaban su imagen.

—Veinte mil pies.

El pulgar del capitán Snow pulsó con seguridad un botón azul y toda la nave tembló. Algunas luces se apagaron y se temió el desastre.

Los retrocohetes se pusieron en funcionamiento, pero de los dos motores auxiliares, sólo uno lo había hecho.

La nave adquirió una inclinación peligrosísima para tomar suelo, ya que el peso la decantaba. En aquella situación, se destrozaría al tocar la Luna con sus partes más débiles en lugar del tren de alunizaje provisto de muelles telescópicos hidroneumáticos.

Cuantos se hallaban en el puente de mando volvieron sus miradas hacia el capitán Snow. El resto de los tripulantes pensó que estaba llegando su última hora.

—Quince mil pies —anunció el teniente Namura.

El pulgar del capitán Snow seguía oprimiendo con firmeza el botón azul. Era como si se dispusiera a mantenerlo hundido hasta la mismísima muerte.

Quienes le rodeaban se percataron de que Daniel Snow era el único que no sudaba.

—¡Vamos a morir! —gritó el capitán Hess empapado de sudor en su butaca.

De pronto, una nueva vibración.

Trece mil pies —advirtió el teniente Namura.

El segundo motor se habla puesto en marcha, con un encendido retrasado, pero ya funcionaba.

La «Scout U-104», antes inclinada, comenzó a recuperar su posición correcta.

Daniel Snow, como si nada hubiera sucedido, soltó el botón azul. Accionó la clavija de intercomunicación general de su nave y dijo.

—Al habla el capitán Snow. El alunizaje va correcto. Quizá la toma de suelo resulte algo más brusca de lo previsto. Mantengan colocados los cinturones de seguridad y que nadie se mueva hasta que en toda la nave se enciendan las luces verdes. Suerte.

CAPÍTULO VIII

Se escucharon unos chasquidos significativos. Luego, una quietud total. Los motores habían dejado de funcionar.

Daniel Snow accionó la llave de comunicación general y dijo:

—Si alguna sección tiene avería, que lo comunique de inmediato.

Se produjo un intenso silencio que duró treinta segundos, previstos en el reglamento de la nave.

Los manómetros no mostraron alarma alguna de despresurización y Daniel Snow tiró de la palanca que conectaba las luces verdes en toda la nave.

Al instante se escucharon unos gritos de hurra y alegría que se contagiaron a todos los tripulantes. El peligro había pasado.

El capitán Hess, empapado de sudor, se quitó los cinturones de seguridad quejándose.

—Por un momento creí que íbamos a desintegrarnos contra la Luna.

—Ya ve, capitán Hess, no hay que perder la esperanza y la fe hasta la última centésima de segundo.

—Tengo experiencias desagradables, capitán Snow, no he tenido su suerte; todo le sale bien.

Daniel Snow no quiso replicarle. Lo vio empapado de sudor y pensó si obraría bien recomendándole aunque sólo fuera para gobernar un carguero.

Para comandar una nave espacial, además de estar graduado en tripulación e ingeniería espacial y hallarse suficientemente entrenado en los campos simuladores debían tenerse unos nervios templados, una gran frialdad y seguridad en sí mismo. Pese a su aparente autosuficiencia, el capitán Hess carecía de esto último.

—Capitán, capitán Snow, llama el equipo de mantenimiento.

—Capitán Snow a la escucha. ¿Ocurre algo?

—La nave se está inclinando en popa por el lado de estribor. Dos de los amortiguadores hidroneumáticos han estallado.

—Salgan a revisarlos, pero no hay preocupación. Que funcionen los amortiguadores de emergencia para nivelar la nave. Nos enviarán un equipo de operaciones para restaurar la «Scout U-104». El resto del personal puede cerrar sus paneles a excepción de los de mantenimiento.

* * *

La estación minera diamantífera Aw-4 se ubica en un cráter lunar de aproximadamente una milla de diámetro en sus puntos más anchos.

La superficie del cráter había sido cubierta con hormigón armado selenita al igual que todas las estaciones-base lunares.

El agua para hormigonear se extraía de los grandes depósitos de hielo descubiertos en el subsuelo lunar.

La Aw-4 tenía cuatro plantas de profundidad y del piso de

asiento partían las galerías de excavación minera de las que se sacaban los diamantes naturales que, según los técnicos, procedían de los meteoros incrustados en el satélite de la Tierra.

La gravedad de la estación minera estaba nivelada artificialmente, igualándose a la normal en el planeta Tierra, óptima para la vida y el desarrollo de los humanos terrícolas.

El mariscal Evenoir recibió a Daniel Snow en el despacho del director jefe de la base. Estaba presente el mayor Tejada, comandante del puesto de policía y vigilante de la estación minera diamantífera que en sí misma tenía gran valor, acentuado ahora por la llegada del nuevo y extraño meteoro.

Los ojos de Daniel Snow, nada más entrar en la estación se clavaron en la agresiva belleza morena de la profesora Murgatt que le sonrió a su vez.

—Adelante, capitán Snow —dijo amable y casi campechano el mariscal Evenoir tendiéndole la mano que Snow estrechó—. Ha realizado usted un excelente trabajo.

—Simplemente he cumplido órdenes, mariscal.

—Se ha arriesgado, capitán Snow. Ha venido con sobrecarga y esa esfera que ha conseguido traer a la Luna es de un valor extraordinario, no sólo por los brillantes que la cubren en su totalidad, sino por lo que puede significar. La profesora Murgatt, aquí presente…

—Encantada, capitán Snow. Deseaba conocer a un hombre temerario e inteligente como usted.

—Me abruma, profesora Murgatt. Su fama como gemóloga es conocida en todo el mundo.

Ante las cálidas miradas con que Daniel Snow obsequió a la hermosa profesora que vestía una casaca ceñida con pantalón de malla color plata, Evenoir carraspeó.

—Como decía, la profesora Murgatt ha analizado los primeros planos que envió usted por el trivisor y ya tiene algunos datos que darnos.

—Eso es magnífico, profesora Murgatt.

Con un ligero acento germánico, la profesora observó:

—Llámeme Sophie. Profesora me suena demasiado serio.

—Bien, Sophie.

Sophie Murgatt, que no parecía tener ojos más que para el alto y arrogante Snow, pues lo observaba como al diamante más raro y atractivo con el que se había topado jamás, explicó:

—Los brillantes que recubren esa extraña esfera no pueden haber sido tallados de una forma natural, por lo que me inclino a creer que se trata de una especie de meteoro artificial.

—Eso mismo pensamos todos, Sophie —asintió Daniel Snow con cierta socarronería.

Hubo sonrisas en todos los rostros.

—Capitán Show, antes de continuar hablando le presentaré a...

—Gracias, mariscal, pero conozco bien al mayor Tejada y al director-jefe Jackson.

—Magnífico, capitán, así nos entenderemos mucho mejor. Ahora, profesora, siga por favor.

—No he podido analizar todavía ninguno de los diamantes de cerca, pero...

El mariscal hizo un inciso para puntualizar:

—Han salido las grúas-oruga para traer la esfera al interior de la estación. Se le dedicará el mayor de los hangares que ha sido habilitado para que en él no haya nada más excepto la nave. Sólo se ha dejado una puerta de acceso al hangar, las demás han sido clausuradas. Esa esfera tiene un gran valor y además ignoramos lo que puede contener.

—Bien, mariscal, la «Scout U-104» ya está algo cansada de llevarla sobre su cola. Espero que los mecánicos de la base compongan en cuanto les sea posible los amortiguadores de toma de contacto.

—En eso se está trabajando ya, capitán Snow.

—Pues, en principio, capitán Snow... —prosiguió Sophie.

—Daniel es más cómodo — observó él.

—Pues bien, Daniel, no son brillantes piramidales. En realidad, visiblemente, son pirámides truncadas.

—Sus cúspides no me parecieron truncadas.

—Examinadas con mucha atención, son truncadas —insistió la profesora—. Hay un hexágono diminuto en su cúspide por el que escapa toda la luz que recibe del diamante en sus planos visibles. La luz, y cualquier rayo, rebota en sus planos interiores y termina escapando por el diminuto hexágono que a usted le ha parecido una aguda cúspide piramidal. Por eso, al salir los rayos tan concentrados por los diminutos hexágonos, han herido con gravedad la vista de su...

—Sargento Ramírez.

—Sí, eso, del sargento Ramírez. Posiblemente, debajo de esa especie de pirámide truncada hallaremos las cincuenta y siete caras restantes.

—¿Tiene eso mucha importancia, Sophie? — preguntó Snow.

—Sí, cincuenta y ocho caras o facetas en un brillante son las mínimas indispensables para la completa reflexión de la luz recibida, y esa ley no es válida sólo para los intelectuales terrestres sino para cualquier vida inteligente que hubiera podido desarrollarse en otra Galaxia.

—Espero, Sophie, que cuando arranque uno de esos brillantes confirme su teoría —dijo Snow con sinceridad—. Nadie mejor que usted para emitir una opinión técnica sobre la corteza de esa enigmática esfera.

—Capitán Snow, esa esfera significa vida inteligente no conocida por la Tierra. Jamás en nuestro planeta se han podido conseguir brillantes tan grandes ni perfectos a juzgar por los datos recibidos —dijo Evenoir con gravedad.

—Sí, esa es también mi teoría, caballeros —dijo Sophie, caminando ondulante, pues no por profesora dejaba de ser bella y mujer—. Esa esfera procede de vida inteligente desconocida. ¿Qué le parece, Daniel?

—Que coincide con mi propia opinión. Por ello he revisado detenidamente la superficie del meteoro en varias ocasiones.

—¿Buscando una puerta, escotilla o ventana? —preguntó el

mariscal Evenoir.

—Exactamente, pero no la he hallado. En toda su superficie los brillantes coinciden con una exactitud microscópica, pues creo que ni con un microscopio hallaremos una fisura entre dos de esas gemas.

—Conseguiremos arrancarlos, Daniel, yo me encargo de ello —afirmó la profesora con su acento germánico que le daba mayor atractivo—. Claro que es posible que tenga que romper uno de los brillantes para poder sacar los otros limpiamente y estudiarlos mejor.

El mayor Tejada, un hombre ibérico alto y recio, preguntó en voz alta como si hablara consigo mismo:

—¿Por qué recubrir toda una esfera con brillantes? ¿No será un obsequio que nos envían los habitantes de otra Galaxia a los habitantes de la Tierra?

El capitán Snow apuntó escéptico:

—Desde que di mis primeras lecciones de literatura cuando era un muchacho y estudié la *Ilíada,* no me fio de los obsequios cuyo interior no puedo escrutar.

—¿Piensa que puede ser un nuevo caballo de Troya? —preguntó socarrón el mariscal.

—Lo que no se puede negar es que la esfera resulta en extremo brillante.

El mariscal Evenoir asintió.

—Por eso la encerraremos en el hangar. Se trabajará en ella con mayor comodidad, sin correr más peligros con sus cegadoras reverberaciones.

—Mariscal, no sé si estaré diciendo una barbaridad, pero he pensado mucho sobre esa esfera que hemos traído sobre la ahorquillada popa de la «Scout U-104».

—Atrévase, capitán Snow.

Daniel se convirtió en el eje de todas las miradas.

—Mi idea es que esa esfera contiene algo muy importante —expuso.

—¿Piensa que el corazón de la esfera aún puede ser más valioso que la propia corteza de brillantes?

—No en el sentido material, señor. Mi hipótesis se basa en que si se ha recubierto con brillantes, además de indicar que la civilización que la ha construido es rica por lo menos en gemas, es por un motivo concreto.

—¿Cuál? —preguntó Evenoir, agregando de inmediato—: Si un meteoro chocara contra esa esfera, los brillantes no resistirían el impacto y se partiría lo mismo

—Sí, es cierto, no resistiría un meteorito en dirección contraria, pero sí resiste y reverbera toda radiación que recibe.

Sophie preguntó:

—¿Quiere decir que los brillantes están para proteger la esfera de cualquier radiación?

—Reflejando todos los rayos, en especial los infrarrojos, dentro de la nave se consigue un frío casi absoluto.

—¿Insinúa que lo que contiene la nave está congelado? —preguntó el mariscal incrédulo.

—La criogenización resulta ya muy conocida para la ciencia terrestre —observó Daniel Snow.

—Sí, pero jamás ha dado un resultado completo en seres humanos.

—Quizá otras civilizaciones hayan conseguido lo que nosotros no hemos logrado, mariscal. Esa es mi hipótesis, pero yo sólo soy un astronauta de exploración y vigilancia en el espacio, no un científico.

—Daniel, su teoría de la criogenización es sólo eso, una hipótesis.

Sophie dejó aflorar a sus jugosos labios una sonrisa de incredulidad que fue emulada por los demás.

CAPÍTULO IX

La esfera capturada en el espacio, a la que ya toda la estación minera denominaba Maharajá, al igual que la tripulación de la «Scout U-104», ocupaba gran parte del hangar que se le había destinado.

La iluminación era difusa, indirecta. Así, las retinas humanas no resultarían afectadas.

Tal como había ordenado el mariscal Evenoir, se habían clausurado todas las puertas a excepción de una que comunicaba con los corredores que conducían a la dirección y al centro de investigación de la base.

Era una puerta no muy grande, de ocho pies y medio de alto por cinco de ancho con hoja corredera de acero bruñido. Dos vigilantes armados con fusiles láser la custodiaban y otros dos controlaban el final del túnel que conducía a la entrada general.

De este modo, para llegar a la esfera, debía de pasarse ante una doble inspección.

La teniente Krondaievna rebasó los controles.

Era una de las pocas personas que lucía en su pecho la placa-pase para entrar en el hangar donde la esfera capturada comenzaba a

estudiarse científicamente, con un interés inusitado.

Ni siquiera a los reporteros de las cadenas informativas se les habla permitido la entrada. Quería mantenerse el secreto hasta que se consiguiera conocer algo más.

Sin embargo, hasta los lugares más recónditos de la propia Tierra había llegado la noticia de que el meteoro significaba vida inteligente en otra parte del universo.

Siempre se había hablado de utópica vida inteligente en otros astros, pero jamás se había capturado una prueba contundente. En cambio, ahora sí podía demostrarse de forma palpable. Aquella era la noticia del siglo XXI.

Junto a Maharajá había algunos especialistas y científicos con un par de plataformas móviles que podían situar a la distancia y altura que quisieran.

Marfa halló a Daniel Snow charlando con Sophie Murgatt. Aquello la irritó, más procuró disimular sus sentimientos. Con una gravedad casi castrense, se les acercó.

—Capitán Snow...

—Hola, Marfa —saludó él animado—. Te presento a Sophie.

Las miradas de ambas mujeres se encontraron. Rubia la una y morena la otra, ojos claros en Marfa y oscuros en Sophie.

Las dos captaron de inmediato un mutuo antagonismo. Quizá el alto y nervudo capitán Snow tuviera la culpa,

—¿Sophie? — preguntó con marcado desinterés.

—Sí, la profesora Sophie Murgatt, la eminente gemóloga.

—Ah, sí, ya he oído hablar de usted, profesora.

—Y yo de usted teniente Krondaievna. Una buena especialista en telespectrografía y análisis en general.

—¿Le ha hablado el capitán Snow de mí?

—Oh, no, teniente Daniel no la ha mencionado, pero yo he recibido todos los mensajes de la «Scout U-104» desde que fui destinada a esta colonia diamantífera para el estudio de ese extraño

meteoro Ahora, si me disculpan, mis colegas me están esperando. Estoy ansiosa por arrancar el primer brillante de la esfera y poder escrutar sus más íntimos secretos.

Sophie se separó de ellos para aproximarse al grupo de científicos entre los cuales se hallaba el propio mariscal Evenoir, muy interesado en la investigación que se estaba llevando a cabo, y el capitán Hess que deseaba hacerse ver en todas partes.

Había conseguido que su imagen y palabras llegaran a la Tierra a través de los noticieros, aunque se le había advertido que si revelaba algún secreto oficial, se le seguiría consejo sumarísimo.

Sin embargo. Hess se las arreglaba para quedar bien en las pantallas de todos los hogares de la Tierra, la Luna y las estaciones orbitales.

—Mona, ¿verdad? —comentó Marfa con aparente indiferencia, sin mirar a Snow.

El capitán, que la conocía bien, dio más entusiasmo a sus palabras para hacerla rabiar un poco.

—Sí, es muy atractiva. No había pensado que una científico pudiera ser tan bella.

—Capitán Snow —dijo Marfa cortante— sólo venía a informarle de que los amortiguadores telescópicos de la nave se están reparando, pero el equipo de mantenimiento opina que mejor sería suplirlos por unos enteramente nuevos.

—En ese caso, tendremos unas vacaciones forzosas no inferiores a quince días, ya que los muelles deberán traerlos en un carguero desde la Tierra.

—Capitán, parece hacerle muy feliz la idea de una estancia prolongada en esta estación minera casi olvidada.

—¿A qué viene tanto capitán Snow? Nadie nos oye y podemos hablar como nos plazca. Además, cualquiera diría que te molestan estas vacaciones. Todos los miembros de la tripulación van a agradecerlas, en esta colonia minera hay diversiones. Si bien es cierto que no concederé permiso alguno para trasladarse a otras bases lunares, estaciones orbitales y mucho menos regresar a la Tierra, pues nuestra nave debe permanecer a punto en todo momento, podrán pasarlo entretenido, Los mineros saben lo que es diversión y pagan

bien los mejores espectáculos que vienen exprofeso de la Tierra para actuar aquí y más ahora que la noticia de la llegada de esta esfera ha corrido por todo el mundo. Quienes actúan en esta colonia cogerán más fama. Estoy por decirte que en plazo breve y en vuelos especiales llegarán a esta colonia, aun sin contratos y sin pretender cobrar, las mejores atracciones. Les bastará con la publicidad que obtengan.

—Y usted, capitán, ¿cómo piensa divertirse? ¿Sólo o muy bien acompañado? — preguntó Marfa con retintín.

—Marfa, tienes lengua viperina.

Como primera reacción, la teniente se echó atrás. Pensó muy aceleradamente y luego se inclinó hacia adelante.

—¿Y no tengo razón para hablar así?

El hombre carraspeó.

—Este no es el lugar más apropiado para hablar de estas cosas. Tenemos buenas *suites* que nos han destinado.

—Ahora — exigió ella.

—Bueno, yo jamás he rechazado un dulce, ni una obra de arte, pero tampoco una discusión.

Marfa quiso replicar a aquella frase, pero pensó que no era el momento más oportuno. Sus pupilas verdes buscaron a la profesora Sophie Murgatt con la esperanza de que les estuviera observando y comprendiera por sus palabras y su actitud, que el famoso y temerario capitán Snow era de su exclusiva propiedad.

—Parece que han conseguido algo interesante —dijo Snow—, Acerquémonos.

—Como quieras —concedió Marfa, más interesada en apartar al hombre de la espléndida gemóloga.

Tal como había previsto la profesora alemana, tuvieron que romper uno de los brillantes que formaban la corteza para poder sacar entero otro de los que juntaban sus planos con el roto.

El brillante entero fue colocado en el microscopiotrivisor.

Todos dirigieron sus pupilas hacia la gran pantalla donde la piedra apareció ampliada mil veces mientras giraba para mostrar

todos sus planos.

No era incolora como en principio pareciera, sino ligeramente azulada, lo que aumentaba su valor como gema

—Es prodigioso —exclamó un científico.

El mariscal Evenoir inquirió:

—¿Cuántos quilates tiene?

—Ochenta y dos — repuso Sophie con tajante seguridad.

—¿Y todos los brillantes son exactamente iguales? —siguió preguntando el mariscal Evenoir.

Sophie volvió a contestar.

—Sí, no he examinado nuevas muestras, pero me atrevo a asegurar que son todos idénticos. Tal como había supuesto, debajo de los siete planos visibles que nos ofrece cada uno de ellos hay cincuenta y una facetas más pequeñas, pero perfectamente tallados. La técnica de estos tallados es muchísimo más depurada que la nuestra y han obtenido reflejos que los terrestres no hemos logrado hasta ahora.

—Profesora Murgatt —trató de concretar el mariscal—, ¿está usted dando por sentado en forma oficial que los que han tallado estos brillantes son seres inteligentes de otro mundo y con una civilización más adelantada que la nuestra?

—Sí, mariscal, esa es mi opinión, aunque sólo pueda expresarla como gemóloga. Supongo que el capitán Snow está totalmente de acuerdo conmigo.

—Es una aseveración muy seria —advirtió el mariscal—. Puede provocar un pánico mundial.

Todos miraron al capitán Snow. Este, sin ser preguntado, expuso su pensamiento.

—Estimo que la profesora Murgatt está en lo cierto. Caballeros, averigüen qué hay dentro de la esfera y sabrán muchísimo más sobre esa vida inteligente de que estamos hablando. Estudiar más los brillantes es perder el tiempo, quizá un tiempo precioso.

Todas las miradas convergieron en la enigmática esfera nominada vulgarmente Maharajá.

Se había dejado arrancar unos brillantes, pero no su secreto.

Fría, desafiante, semejaba advertirles que no sería fácil profanar su núcleo.

CAPÍTULO X

El capitán Hess, un veterano del espacio, se las había arreglado para divertirse con unos ingenieros de minas en el club y tomar unas copas de bebida alcohólica clandestina. Uno de los camareros participaba en el tráfico ilegal de licores.

Bebiendo, charlando y riendo, presenció el espectáculo en directo de un grupo de chicas, espectáculo que resultó sumamente verdi-rojo.

—De estas actuaciones no vemos nada cuando estamos en el espacio a través de los televisores —objetó.

Alguien respondió:

—Eso es para que no se os suba la presión sanguínea y explote la nave.

Todos rieron.

La animadora del conjunto no le quitaba la mirada de encima y al finalizar la actuación, se le acercó.

—¿Me invitas?

—Naturalmente, preciosa. Ya tenía ganas de toparme con alguien como tú.

—Eres uno de los que han capturado esa extraña bola, ¿verdad?

—Uno, no, soy quien la ha apresado. En aquellos momentos difíciles, el capitán Snow estaba durmiendo —mintió, en parte por presunción y en parte por el alcohol ingerido y que hacía mucho tiempo no probaba—. Yo estaba de guardia, ¿sabes? Me gustaría explicarte mucho mejor la captura de Maharajá, pero tendría que ser en un lugar más discreto. Es secreto sumarísimo.

—Los del espacio tenéis mucha suerte, siempre que venís por aquí os lleváis lo mejor. Los mineros somos la escoria, aunque hay quien consigue escamotear algún diamante y ofrecérselo a estas beldades — comentó quejoso uno de los mineros al ver que tanta redondez y sensualidad femenina se iba del brazo del capitán Hess.

Ya fuera del club, mientras caminaban por un corredor y el capitán Hess se las prometía muy felices, la mujer pidió:

—Llévame a ver a Maharajá de cerca.

A la bella animadora no se le escapaba la importancia que tenía acercarse a la esfera capturada. Los pases habían sido limitadísimos y los reporteros rabiaban por poder enviar noticias.

Si ella conseguía aproximarse a Maharajá, tocarlo y luego contárselo a los periodistas, adquiriría una rápida publicidad gratuita que la llevaría al estrellato mundial.

Su nombre se repetiría en todas partes y obtendría los mejores y más codiciados contratos. En realidad, aquel era el móvil que la había empujado a acercarse al capitán Hess y más viéndolo algo ebrio, pues se había enterado de que había tomado alcohol clandestino.

—No, preciosa, no puede ser. Yo te explicaré lo que desees.

—Yo quiero ver y tocar Maharajá, pasar mis dedos por la superficie más rica que el hombre ha conocido jamás.

—No está permitido, sólo yo puedo pasar, tú no.

—Está bien —acepto con un mohín de disgusto y ondulando

sabiamente sus caderas—, pues me vuelvo al club.

El movimiento femenino parecía firme y resuelto.

Hess pensó que se le escapaba la mejor ocasión de pasarlo bien en mucho tiempo.

—Aguarda, preciosa, veré lo que se puede hacer. Vayamos hacia el hangar. Después de todo, a estas horas no hay nadie trabajando allá y yo tengo mucha influencia, no vayas a olvidar que yo he sido quien ha cazado ese meteoro en el aire como si fuera una mosca.

Le dio una palmada en las posaderas y la animadora saltó ligeramente hacia adelante, pero en vez de quejarse sonrió condescendiente.

Hess la condujo hacia el hangar donde Maharajá se hallaba bien protegido.

Los controles eran dos parejas de vigilantes bien armados, pero había también una serie de alarmas que impedirían cualquier infiltración extraña en el recinto.

La «girl-club» en busca de fama, anduvo junto al capitán escuchando sus seudoaventuras. El camino le pareció largo hasta llegar al primer control.

—Alto — ordenó uno de los vigilantes uniformados y con cascos mostrando las siglas de policía militar.

—Soy el capitán Hess y tengo placa-pase. ¿Acaso no la ven? —inquirió agresivo.

—Sí, capitán Hess, usted puede pasar, pero la señorita no —le advirtieron.

—Va conmigo y yo he sido quien ha capturado a Maharajá. ¿Es que acaso no lo saben?

—Capitán, tenemos órdenes estrictas, la señorita no puede entrar —insistió el celador en forma tajante y sin condescendencia.

—Lo siento, preciosa, pero unos mastines no serían mejores cancerberos que estos muchachotes con casco.

La joven, defraudada, dijo:

—Será mejor que regrese al club.

—Aguarda, aguarda —le pidió Hess viendo que se le escapaba la diversión de aquella noche—. Tengo una idea.

—Espero que sea feliz, porque en el club me esperan. Están llegando muchos cantantes y animadores a la Aw-4 que desean quitarme el puesto.

Apartándola de los soldados, cuchicheó en su oído:

—Te voy a traer uno de los brillantes que han arrancado del Maharajá. Jamás habrás visto nada igual y serás la primera mujer en tenerlo.

Los ojos de la chica se iluminaron de alegría.

Un reportaje sobre ella, con escasa ropa y luciendo en su generoso y bien dotado escote uno de aquellos brillantes, seria la gran sensación, daría el golpe.

—Te pueden meter en la cárcel —advirtió.

—Eso es asunto mío —respondió el capitán Hess con un exceso de alcohol en su estómago, en sus venas y por tanto en su cerebro.

—Eres magnífico, capitán, te estaré esperando.

—Aguarda aquí.

Altivo, pasó entre los dos soldados sin que ninguno de ellos le dijera nada. Se mantuvieron firmes en no dejar pasar a la fémina, aunque se dedicaron a contemplar su belleza.

El capitán Hess cruzó sin contratiempo alguno el segundo control.

En el gran hangar no había nadie y allí estaba Maharajá, con su corteza de brillantes de los cuales habían podido arrancar algunos que se hallaban junto a los aparatos de investigación

Hess la miró retador. Como hablando con la esfera, masculló:

—Te van a dejar sin un solo brillante y algún día perforarán la capa metálica que hay detrás de las piedras preciosas. Sí, ya sé que tu aleación es muy rara y tan buena que ni el láser ha logrado perforarla, pero ya buscarán el medio de hacerte un agujero para ver de qué color

tienes las tripas.

De pronto, lentamente, comenzó a abrirse una parte de la corteza próxima al suelo.

Los brillantes, que semejaban sólidamente pegados unos contra otros, se separaron formando una puerta casi rectangular por la que podía pasar justo un hombre no demasiado alto.

La hoja se abrió hacia afuera y el interior, aunque no podía verse nada desde donde se hallaba el Capitán Hess, quedó iluminado por una luz violácea.

Hess movió la cabeza como si en vez de ver doble estuviera viendo triple. Se frotó los ojos y gruñó:

—No me acuerdo cuándo cogí la última «castaña». Ese whisky que me han dado a beber debía estar cargado de alcohol como si fuera el combustible de un cohete.

Volvió la cabeza hacia los soldados que se hallaban vigilando la entrada y señalando la inesperada abertura, gritó:

—¡Eh, oigan! ¿Están viendo lo mismo que yo?

Los soldados continuaron quietos, sin responderle. El capitán Hess se encogió de hombros.

—¿Estaré borracho?

De pronto, sintió una imperiosa necesidad de caminar hacia delante. Avanzó como si alguien le empujara por la espalda.

—Eh, yo... Bueno, es un honor ser el primero en entrar ahí, pero le cedo el privilegio al temerario y famoso capitán Snow.

Nadie le escuchó y como si las piernas no le obedecieran a él sino a otra fuerza ajena y superior, siguió andando hacia la puerta de la nave,

—¿Será esto una pesadilla?

Cada vez tenía más cerca el hueco que se había abierto por si solo en la extraña esfera que ya no cabía ninguna duda era una nave.

Frente a la puerta, el capitán Hess titubeó.

Los soldados parecían estar en Babia y por lo visto no se enteraban de nada.

De pronto, sintió pánico, un pánico indescriptible que le recorrió el cuerpo como una corriente de doscientos mil voltios,

Notó un frío intenso en los pies, como si se hubieran convertido en sendos pedazos de hielo.

Deseó gritar con todas sus fuerzas y su garganta no emitió el más leve ruido. Sus ojos se agrandaron, quiso retroceder y no pudo.

Además de la luz violácea, del interior de la nave brotaba un desconocido e insistente sonido agudo y otro en acorde pero más grave. Después, unas vibraciones en les sonidos y el capitán Hess adelantó sus pira hacia la nave.

—¡No quiero, no quiero! Que entre el capitán Snow le cedo el honor — protestó.

Mas, su protesta no salía por su boca, se quedaba en su mente.

Cuando pudo darse cuenta, había cruzado el dintel de la nave y se hallaba rodeado de la enigmática luz violeta.

Sin necesidad de mirar hacia atrás, supo que la inexpugnable puerta se había cerrado a su espalda, dejándole atrapado en el interior de la gran y misteriosa esfera capturada en el espacio.

CAPÍTULO XI

Marfa Krondaievna se trasladó a la «Scout U-104» en el battery-car, un vehículo reducido de cuatro escasas plazas y todo terreno.

Lo condujo ella misma, pasando junto a la nave carguera que había traído desde la Tierra los amortiguadores telescópicos de toma de contacto para la gran nave espacial.

Utilizaba un casco de supervivencia espacial, pues era obligado llevarlo en la superficie lunar carente de atmósfera. El battery-car carecía de condiciones climático-atmosféricas, sólo servía para trasladar de un lado a otro a quienes lo utilizaban.

Con el propio battery-car, subió por la rampa de la gran nave, introduciéndose en ella.

Abandonó el vehículo y pasó a la antecámara de presurización. Se quitó el casco, pero no el resto del traje espacial.

Buscó al capitán Snow, hallándolo solo en el puente de mando, sentado en su butaca.

A través de la ventana panorámica contemplaba la estación minera Aw-4, la rampa de entrada y su superficie lisa y resistente de hormigón selenita. Era como un gran hormiguero humano.

—Daniel…

—Hola, Marfa. Como verás, se han dado prisa en traer los amortiguadores para nuestra nave. Debían tenerlos preparados.

—Sí, ya he visto que han llegado y que se disponen a cambiarlos por los deteriorados.

—Cuando estén colocados pediré el permiso para regresar a nuestra zona de vigilancia.

—¿También tú te sientes a disgusto en esta base lunar?

—Sí, y no creo ser el único.

Daniel Snow se acercó a la mujer. La tomó por los hombros sobreprotegidos por el traje espacial y la besó en los labios.

—Eres mi tortuguita. Sólo asomas tu cabeza del cascarón que te cubre.

—Daniel, tengo una sensación muy rara.

—¿Como yo cuando dije que esa esfera parecía maldita?

—Algo así. El teniente Tungtay se ha recuperado, pero el sargento Ramírez sigue sin recobrar la vista.

—Todavía no ha perdido las esperanzas.

—Lo sé, pero hay algo más.

Daniel Snow miró a la teniente comprensivo, sin soltar sus hombros. Marfa quedaba unas pulgadas más baja que él pese a ser una mujer espigada, alta.

—Podría decirte que ambos tenemos deseos de zarpar porque en esta base minera no nos encontramos a gusto, pero te mentiría y tú, como eres muy lista, te darías cuenta.

Marfa sonrió.

—Daniel, me han prohibido el paso al hangar de Maharajá.

—¿Te habías descuidado la placa-pase?

—No, la llevaba puesta.

—Qué raro. No he recibido contraórdenes del mariscal Evenoir.

—Te digo, Daniel que algo raro y desagradable ocurre.

—¿Crees en la maldición de esa esfera con sus miríadas de brillantes?

—¿Qué me dices de esa chica, la animadora del club que apareció estrangulada?

—Eso puede ocurrir en cualquier parte. No estamos libres de psicópatas asesinos de mujeres.

—Tengo miedo.

—¿Temes encontrarte con esa psicópata?

—Sé defenderme, Daniel, pero contra algo tangible, humano, conocido.

—Las huellas que quedaron en la garganta de la animadora del club eran humanas y de tamaño regular.

—Puede que te parezca estúpida, supersticiosa pese a la época en que vivimos, pero hay algo que no funciona bien en la base minera.

—Es cierto, por eso deseo que pronto compongan nuestros amortiguadores para alzarnos en el espacio. El meteorito artificial capturado ya no es asunto nuestro sino de los científicos. Nuestra misión terminó al dejarlo entero y sin raspaduras aquí en la Aw-4.

—Daniel, tú también piensas como yo, de lo contrario no desearías marcharte.

—¿Insinúas algo, mi pequeña venusina?

—Tú estabas muy cómodo junto a la profesora Murgatt o digo mejor junto a Sophie.

—No creo que ningún hombre se sienta a disgusto a su lado.

—Pero tú te encontrabas especialmente bien, Daniel, no vayas a negármelo ahora. Os sorprendí besándoos.

—No podía desairar a una chica. Hubiera sido como pincharle un globo a un niño de cuatro años.

—Muy gracioso —replicó ella soltándose de las manos del hombre que pretendía sujetarla.

Marfa se acercó a la ventana y miró hacia el techo de la base minera.

—A los hombres os gusta el mariposeo de las mujeres y no sois lo bastante fuertes como para resistir a los encantos femeninos. ¿Crees que no me habría resultado fácil tener algunos galanteadores o algo más que eso?

—Estoy seguro, Marfa. —Se le acercó por la espalda y volvió a poner sobre los hombros femeninos sus manos grandes y fuertes pero deludas—. No hay nada entre Sophie y yo.

—También ella se ha vuelto rara.

—¿Qué quieres decir?

—Que hay mucha gente rara ahora en la base, especialmente el capitán Hess.

—Sí, yo también lo he notado.

—Está tan altivo que es insoportable y sonríe con una suficiencia y frialdad escalofriante. Parece una persona distinta, más poderosa. La verdad, no sé lo que me digo.

—Sí sabes lo que te dices, Marfa, simplemente que es difícil de explicar. El capitán Hess y Sophie...

—¿También se ha vuelto fría y altiva?

—Algo de eso hay.

—¿Te ha ofrecido hielo en vez de besos?

Ante la ironía de Marfa, Daniel Snow la soltó.

—No se trata de eso, es que hay algo en la mirada de Sophie que antes no había.

—¿Te decepciona ahora?

—Marfa, por favor, olvida tus ridículos celos femeninos, es algo más serio. Yo también lo he intuido. Es algo que se capta, que flota en el ambiente, por eso estoy aquí en la nave y no en la base donde me

siento como ahogado, rodeado de un peligro que desconozco y del que no sabría defenderme.

—Pero, te has callado hasta ahora.

—Sí, no quería transmitir a nadie mi mal humor. He pensado que todo este asunto no es de mi incumbencia. En la base ya tienen un psiquiatra.

—Daniel, creo que hace falta más que eso.

—Las mujeres tenéis una especial sensibilidad para las cosas que no se ven a simple vista. ¿Barruntas algo?

—Creo que es Maharajá.

—¿Maharajá, te refieres a ese enigmático meteoro artificial recubierto de brillantes y cuya segunda capa metálica no se ha podido perforar con ninguno de nuestros ingenios conocidos?

—Te parecerá tonta, pero sospecho que ese meteoro ha traído un hondo malestar a la base. Esa frialdad en las personas de la estación minera, esas miradas ausentes e impersonales, son todos como robotoides.

Daniel Snow asintió preocupado.

—Es cierto, pero salvo contigo, no he podido hablar a nadie de este asunto. Aún no se sabe qué contiene la esfera. ¿Habrá dejado escapar algún tipo de radiación desconocida por los huecos de donde han sacado los brillantes que están en estudio?

—¿Un gas quizá?

Snow denegó con la cabeza.

—Un gas, no. Los detectores del control de atmósfera son muy sensibles y lo habrían detectado dando la alarma dé inmediato, apenas si se habría contaminado el hangar. Automáticamente, las compuertas de aislamiento se hubieran cerrado como cuando se previene contra una despresurización, incendio o inundación. La nave supuestamente siniestrada queda clausurada automáticamente y aislada de las demás, de eso se encarga el propio cerebro electrónico de la base.

—Pero hay algo, Daniel, algo que se está apoderando de todos.

El capitán Snow se dejó caer en su butaca anatómica y giratoria.

Suspiró.

—Si me pusiera a investigar ahora dentro de la estación minera sería intrusismo por mi parte. La base tiene un director que se llama Jackson, un jefe de policía que se llama Tejada y por si fuera poco, está el presidente del CIIDE en persona. Yo sólo soy comandante de la «Scout U-104», no es mi misión hacer de investigador, de psiquiatra y qué sé yo cuantas cosas más.

—Daniel, nosotras hemos traído esa esfera. En cierto modo somos responsables de ella.

Daniel Snow permaneció unos instantes dudando. Después, golpeó con las palmas los brazos de su butaca, extra vertiendo decisión, y se levantó.

—Está bien, vayamos a ver esa dichosa Maharajá y convenzámonos nosotros mismos de que somos un par de tontos que recuerdan demasiado taxativamente las aventuras del espacio que leímos de muchachos, con seres repelentes y monstruos de Dios sabe qué sistemas de vida forjados por escritores con imaginación calenturienta.

—Daniel, no sé si te burlarás de una corazonada de mujer, pero me temo que estamos en peligro.

—¿Nosotros?

—Nosotros, no, toda la humanidad —dijo con toda la sinceridad de que era capaz la de ordinario sensata e inteligente teniente Krondaievna.

CAPÍTULO XII

Los dos vigilantes del primer control que conducía al hangar donde se hallaba el meteorito artificial les cerraron el paso, y no cruzando sus fusiles sobre el pecho sino encañonándoles con ellos.

—No se puede entrar.

—Tenemos placa-pase. Véala y compruébela con sus superiores —exigió Daniel Snow.

Junto a él se hallaba Marfa.

—No se puede pasar, retírense. Vamos, retírense o haremos fuego —advirtieron los dos celadores, extrañamente sincronizados en sus voces.

Marfa retrocedió instintivamente. La mirada de los dos soldados era demasiado fría, podían jalar los gatillos de sus fusiles láser en cualquier momento y acabarían con ellos que, como era lógico, iban desarmados.

—Están bien, soldados, nos vamos, pero iremos a ver a quien corresponda — gruñó el capitán Snow.

Los dos vigilantes no adquirieron una postura más cómoda hasta que les vieron tejos, a una distancia más que prudencial.

—Estabas acertada en lo de robotoides, Marfa.

—Parecían decididos a matamos pese a saber quiénes somos y viendo nuestras placas-pase.

—Sí, es una actitud muy extraña. Si han habido unas contraórdenes tan radicales debieron advertirnos con anterioridad. Quizá han anulado todos los pases porque han descubierto algo importante dentro de esa maldita esfera y no quieren que se sepa.

Mientras caminaban por los largos corredores, Marfa asintió con la cabeza, pero en su mente bullía una pregunta que terminó escapando de su boca.

—¿Te has fijado en te soldados?

—¿Te refieres a esos pequeños puntos rojos que ambos tienen en la piel de la frente?

—Creí que no habías reparado en ellos. Son del tamaño de la cabeza de un alfiler.

—Hemos quedado lo suficientemente cerca para advertirlos.

Se cruzaron con un par de ingenieros de minas que caminaban en dirección contraria sin hablar entre ellos y con la mirada casi extraviada,

—Daniel, ¿te has fijado en ellos?

—Si te refieres a los puntos rojizos en sus frente, sí.

—¿Significará algo siniestro?

Daniel Snow dudó en responder.

—Si es algo siniestro, no podemos preguntarlo a quienes tienen ese punto rojo y te que carezcan de él, ignorarán su significado al igual que nosotros.

—¿Crees que conseguiremos descifrar este pequeño misterio del cambio de personalidad en los seres que habitan la estación minera y de esos puntos rojizos en sus mentes?

—Hablaremos con el mariscal Evenoir de todo este asunto. Puede que consiga explicarnos algo de lo que ocurre.

Llamaron a la puerta del despacho de dirección. Inmediatamente escucharon la respuesta.

—Adelante.

Franquearon la entrada.

Allí estaban el mariscal Evenoir, el director Jackson y el mayor Tejada.

Inmediatamente, la pareja de astronautas se fijó en el punto rojizo que había en la frente del director Jackson, El mariscal Evenoir y el mayor Tejada portaba sendas gorras militares con visera que se aproximaba a sus respectivas cejas. La del mariscal lucía los entorchados que evidenciaban su alto rango.

—Ah, son ustedes, capitán Snow, teniente Krondaievna. Pasen.

El mariscal se hallaba tras la mesa en la que aparecían algunos de los controles que de ordinario debía maniobrar el director de la estación minera.

—Mariscal, quisiera advertirle que algo ocurre.

—¿Qué es lo que ocurre, capitán Snow? —preguntó Evenoir.

—No nos han dejado pasar el control para llegar hasta Maharajá.

—Sí, he dado órdenes al respecto.

—¿Prohibido el paso para todo el mundo?

—Exactamente.

—¿No podemos pasar ni siquiera nosotros?

—Nadie que no esté nuevamente autorizado, capitán Snow. Deben de tomarse algunas precauciones. Esa esfera recubierta de brillantes, aparte de su valor intrínseco, tiene mucho valor científico y ya hubo un asesinato.

Daniel Snow brincó hacia adelante cogiendo por el brazo al director Jackson. Señalando el punto de su frente, preguntó:

—¿Sabe qué significa esta señal, mariscal Evenoir?

El mayor Tejada atacó al capitán Snow, pero éste lo derribó con un puñetazo en el mentón.

Al saltarle la gorra, Marfa descubrió su frente.

—¡Daniel, el mayor también lo tiene?

Daniel comprendiendo la gravedad de lo que estaba ocurriendo dio un salto hacia delante. Dejó libre a Jackson y le quitó la gorra al mariscal sin contemplaciones.

—De modo que usted también, mariscal.

El punto rojizo apareció en la frente de Evenoir. Este, sin alterarse, inquirió:

—¿Satisfecha su curiosidad, capitán Snow?

—Usted también está… ¿Cómo diría…?

—¿Tratado, absorbido? Por favor, devuélvame mi gorra. Me he acostumbrado tanto a ella que siento frío en la cabeza cuando no la llevo.

—¡Daniel, todos están, todos están…! —gritó Marfa casi histérica sin concluir la frase.

Por la puerta aparecieron cuatro vigilantes que les encañonaron con sus armas. La pareja de astronautas se dio cuenta de que los soldados también tenía el fatídico punto rojo en sus frentes.

—Pero, ¿qué diablos ha ocurrido, quién les ha hecho ese punto en la cabeza? ¿Cuántos están como ustedes, qué se proponen?

—Son muchas preguntas, capitán Snow y nosotros no es tamos autorizados a responderlas.

—¿Nosotros, a quienes se refiere? ¿Acaso no es usted la máxima autoridad, mariscal Evenoir? —preguntó Marfa pálida pero ya recuperada.

—No ahora —dijo sin indignación alguna.

Acorralados por las armas, tuvieron que obedecer y los soldados les condujeron a través de los túneles en dirección a la extraña esfera capturada en el espacio.

—Daniel, ¿qué va a pasar ahora? ¿Nos sucederá a nosotros lo mismo que a ellos?

En voz baja, mientras caminaban precedidos por uno de los soldados y seguidos por los otros tres y Jackson, Tejada y Evenoir, Snow respondió:

—No lo sé, pero ahora si estoy seguro de que de esa esfera ha brotado un poder maligno que ha dominado ya a mucho del personal de esta estación minera y lo peor es que ha dominado a sus dirigentes y vigilantes.

Los guardianes de los controles no les prohibieron ahora el paso, pero sus miradas semejaban de nuevo extraviadas. Al fin, llegaron al hangar.

—Daniel, ahí está Sophie y el capitán Hess. Están programando

algo en el encerado electrónico.

Había un grupo de unas veinte personas, todas ellas científicos y técnicos de la estación, sentadas en sus butacas frente a la pantalla electrónica.

A un lado, sobre una larga mesa, el capitán Hess y la profesora Murgatt escribían extraños signos sobre las pequeñas plataformas. Después, eran ampliados y aparecían en la gran pantalla donde podían ser observados con más limpieza por el grupo de supuestos espectadores.

—Capitán Hess, ¿qué significa todo esto?

Sophie y el capitón Hess alzaron sus cabezas para mirar a los recién llegados.

Ellos no mostraban los puntos rojos en sus frentes, lo que resultó un alivio para Daniel y Marfa.

Los científicos y técnicos que habían estado contemplando la pantalla electrónica en los que aparecían signos indescifrables para Marfa y Daniel Snow, volvieron sus rostros hacia ellos.

En todas las frentes aparecieran los fatídicos y todavía enigmáticos puntos rojizos;

Daniel Snow comentó en voz baja:

—Creo que estamos atrapados. Quizá pronto seamos las cobayas para Dios sabe qué experimento.

—Pero Daniel, el capitón Hess y Sophie no están como ellos —objetó Marfa aferrándose a cualquier esperanza por utópica que pareciese.

—Bien venidos, capitón Snow, teniente Krondaievna —saludó el capitón Hess cuando la puerta de la esfera comenzaba a abrirse lentamente hacia afuera, mostrando la extraña luz violácea que brotaba de su interior junto con un penetrante y agudo sonido.

CAPÍTULO XIII

—Capitán Hess, ¿qué significa esto? —insistió Daniel Snow.

Nadie hablaba, nadie abría la boca siquiera. Todos observaban a los recién llegados, sin embargo, sus pupilas tenían algo de extravío.

Sólo sonrieron el capitán Hess y Sophie Murgatt.

—Capitán Snow, se habrá dado cuenta de que han cambiado las cosas.

—¿En qué sentido? —inquirió Snow tratando de conocer mejor lo que sucedía. Dio una ojeada la puerta de lo que ya podía denominarse como nave extraterrestre.

—Usted ya no manda, capitán Snow

—Y el mariscal Evenoir tampoco, ¿verdad?

Hess sonrió de nuevo, con suficiencia.

—El mariscal Evenoir, lo mismo que los demás, harán lo que se les ordene.

—¿Debo de entender que ha pactado con lo que haya dentro? —

preguntó Daniel Snow señalando la esfera.

—Capitán Snow, usted quiere saberlo todo, ¿verdad? — inquirió la profesora Murgatt.

—Sí, lo exijo.

—Ya no está en condiciones de exigir nada, capitán Snow —dijo Sophie mostrándose tan distante como desconocida para Daniel.

—Duerman — ordenó el capitán Hess.

A excepción de ellos cuatro, todos los presentes, incluidos los vigilantes armados, cerraron sus párpados. Sin embargo, quedaron con la misma posición de cuerpo en que se hallaban en aquellos momentos, de pie o sentados, cabezas erguidas pero ojos cerrados.

Sophie creyó conveniente advertir:

—No crea, capitán Snow, que por tener los ojos cerrados los soldados dejan de vigilarles. A una señal, les barrerían con sus armas.

—¿Qué les han hecho, cómo pueden dominarlos de esa forma? ¿Qué clase de diabólico pacto ha hecho con ellos? —preguntó Marfa asustada, pero tratando de no demostrarlo.

—No les hemos hecho, les he hecho. Yo soy yo y la profesora es ella, pero ambos somos lo mismo. ¿Entienden ahora? — preguntó el capitán Hess.

—Yo no comprendo nada —expuso Marfa con sinceridad.

Daniel gruñó:

—Yo si empiezo a entenderlo. En realidad, ustedes dos ya no son el capitán Hess y la profesora Murgatt. Tienen sus cuerpos, sus voces y muchas de sus particularidades biológicas, pero su mente ya no es la suya.

—Correcto, capitán Snow. Soy un ser de otro planeta del sistema estelar de una lejana Galaxia. He vagado en el espacio por millones de años. Soy un ser superinteligente comparándome con su civilización —aclaró el capitán Hess, dominado por la mente extraterrestre.

—He encontrado una civilización que puedo dominar para que la mía sea inmortal —añadió la profesora Murgatt.

Snow replicó:

—No cabe duda de que es un ser muy poderoso mentalmente cuando puede dominar dos cerebros a un tiempo y hacerles hablar por separado pero, ¿y su cuerpo, y su forma? ¿Es un ser débil que sólo puede dominar a través de la mente?

El capitán Hess habló a continuación.

—Capitán Snow, lo que usted desea es un cuerpo contra el que poder luchar y destruirlo. Leo su pensamiento. Es usted un hombre fuerte, el espécimen perfecto de la raza humana terrestre según lo que he podido analizar.

La profesora Murgatt se encaró con Marfa para añadir:

—Y usted es la perfecta espécimen hembra de la raza humana terrestre, por eso los he elegido.

—¿Elegido, para qué? — inquirió Snow.

—Todo a su tiempo, capitán Snow, todo a su tiempo —objetó Hess, a través de cuya mente se expresaba aquel ser des conocido que debía de permanecer todavía dentro de la nave.

—Todo el personal de la estación minera ha sido sometido ya —concretó Sophie—. He utilizado esta especie de pistola.

Hess y Sophie mostraron sendas pistolas de cañón muy fino, apenas de un milímetro de diámetro.

—¿Qué disparan esas armas?

—Diminutas cápsulas que penetran en el cerebro humano, justo en el lugar donde se desarrolla la voluntad del individuo que queda anulada. Al mismo tiempo, un microrreceptor de tipo biológico les hace captar las órdenes que emito y que ellos obedecen en el acto.

—¡Los han convertido en esclavos de su demoníaco poder! —exclamó Marfa.

—¿Esclavos? —se rió el capitán Hess—, No llevan cadenas ni grilletes.

—Ya no son humanos, son humanoides dependientes de la voluntad de una criatura extraña y al parecer maligna.

—Me son indiferentes sus opiniones, capitán Snow. Ellos trabajarán para mí en la forma que más me interesa y nunca se quejarán. Harán una vida aparentemente normal, pero este dominio que ejerzo sobre ellos y que terminaré extendiendo a toda la humanidad terrestre es de carácter irreversible.

—¿De modo que aunque se les extrajera del cerebro esa microcápsula biológica que les han incrustado ya no volverían a ser lo que fueron? — preguntó Marfa.

—Correcto, teniente Krondaievna —respondió esta vez la profesora Murgatt.

El capitán Hess aclaró más todavía la situación para demostrar el total dominio que el extraño ser ejercía.

—Ellos son humanoides como usted dice o esclavos, la designación no importa. Lo cierto es que me obedecerán absolutamente en todo. Los que fueron la profesora Murgatt y el capitán Hess, que en apariencia seguirán siendo los mismos, son los cerebros que he ocupado para comenzar mi invasión, el renacimiento de mi civilización, de mi cultura. Prueba palpable de la anulación que he ejercido sobre ambos cerebros es que el cuerpo del capitán Hess no vaciló en estrangular a la chica que tanto le gustaba. A través de estos dos cuerpos enseñaré a los científicos más capacitados las técnicas que me interesan para el dominio total. Los tipos, razas o regiones que no me convengan serán destruidos, aniquilados. Sólo haré esclavos o humanoides, como quieran llamarlos, que trabajen y produzcan lo necesario para el renacimiento de los míos. Los demás serán exterminados en todas sus bases, estaciones orbitales, naves y la propia Tierra. No permitiré la existencia de un solo enemigo.

—¿Y cómo conseguirá tanto, con qué poder cuenta? —inquirió agresivo Daniel Snow.

El capitán Hess respondió:

—Sé que tienen artefactos termonucleares de gran poder destructivo, pero jamás les utilizarán contra mí. Yo también tengo esa energía dentro de mi nave y en gran cantidad, aunque es para uso pacífico. Dominaré a través de la superinteligencia. Los hombres que yo prepare conocerán técnicas muy avanzadas para la dominación de la raza terrícolas, unas técnicas incomprensibles para ustedes.

—¿Esas técnicas son las que ya están dictando en la pantalla luminosa?

—Sí, esto sólo es el comienzo.

—No podrá conseguirlo. En cuanto las otras estaciones se percaten de lo que ocurre aquí destruirán la estación Aw4 en su totalidad. Todo lo que hay aquí quedará desintegrado por el poder de millones de grados centígrados —advirtió Snow tajante.

—Me parece usted ridículo, capitán Snow —observó el capitán Hess—, Nadie se enterará de nada, la vida continuará aparentemente normal. Cada cual realizará su trabajo como hasta ahora, incluso, el mismísimo mariscal Evenoir ayudará mucho para que mis esclavos se introduzcan en los lugares clave y conviertan a los hombres precisos en más huestes que engrosarán mi poder, mis dominios. Cuando sólo quede la escoria, lo más bajo de su civilización, lo que no me interese será exterminado. Nadie podrá ya destruirme. He hallado el clima, el ambiente adecuado. Por supuesto, no es el de la Luna pero á el que hay dentro de esta estación lunar y que es idéntico al que existe en la Tierra, óptimo para mi desarrollo. Tendré que purificar su atmósfera y su naturaleza, bastante deterioradas por el mal uso que ustedes han hecho de ellas en su decadente civilización.

—Puede que sea usted muy inteligente, pero estoy seguro de que no somos una raza inferior a la suya —replicó Snow agresivo.

—Sé que desea usted verme en una forma concreta contra la que poder luchar, capitán Snow. Sabe bien que aunque llegara a destruir el cuerpo del capitán Hess o de la profesora Murgatt. no lograría aniquilarme porque yo podría apoderarme de otros cuerpos, de otros cerebros y seguiría adelante lo mismo. Eso es lo que más le duele a usted, capitán Snow, que es un luchador nato.

—¿Acaso es usted sólo energía? — preguntó Marfa.

La profesora Murgatt habló a continuación.

—Usted razonó bien, capitán Snow. Por un avanzado sistema de criogenización a bajísima temperatura me he conservado errante en el espacio por millones de años terrestres, buscando un lugar donde poder renacer y hacer florecer de nuevo mi civilización que un día se extinguió a consecuencia de un extraño virus que nos invadió, procedente de un astro que chocó contra el nuestro. He llegado hasta aquí conservado a la perfección gracias al frío intensísimo. Los brillantes tenían la misión de reverberar toda radiación y de esta forma mi nave se ha conservado siempre a la temperatura justa.

—¿Y se ha expuesto al choque con otros meteoritos o a

incrustarse contra un planeta?

—No. Tengo un sistema de detección que evita los choques. La nave ha errado por el espacio sin ser tripulada, pero ha esquivado cualquier colisión y ha captado la presencia de vida sobre la vida terrestre gracias a los detectores que hay a bordo. Cuando ustedes aparecieron, entró en funcionamiento el núcleo energético de mi nave y he despertado para poder comprobar si había llegado al lugar idóneo para establecerme y desarrollarme, de hacer florecer mi civilización.

—Lo que no entiendo es si viaja un ser solo o muchos seres comandados por uno solo —dijo el capitán Snow.

—Usted mismo podrá comprobar con sus propios ojos, capitán Snow, usted que junto con la teniente Krondaievna han sido elegidos para la gran misión —les dijo la profesora Murgatt.

—¿Qué misión? —preguntó Marfa.

—Entren en la nave, les estoy aguardando —dijo el capitán Hess.

Una fuerza extraña comenzó a dominar a Marfa y el capitán Snow.

Pese a tratar de impedirlo, sus piernas comenzaron a caminar en dirección a la puerta abierta por la que escapaba una luz violácea.

—¡Daniel, Daniel, no podemos escapar, nos domina! —gritó Marfa sin que Daniel Snow pudiera hacer nada por retroceder.

Tras ellos se habían colocado Hess y la profesora Murgatt No dejaban de mirar obsesivamente sus cerebros, como si de esta forma les transmitieran la orden mental de avanzar, avanzar, avanzar...

CAPÍTULO XIV

Estaba allí, frente a sus ojos, dentro de una especie de acuario cerrado herméticamente y al que estaban conectados unos tubos que pasaban a los paneles de control que habían detrás.

Dentro del acuario, casi lleno de un líquido rosado, transparente y denso, flotaba un enorme cerebro, cuádruple del humano conocido.

El capitán Hess, como si el que hablara fuera el propio cerebro, expuso:

—Bien, capitán Snow y teniente Krondaievna, ya me conocen, ya pueden verme de una forma física. Sé lo que están pensando, pero no cometan la torpeza de acercárseme demasiado. Estoy protegido por un campo de fuerza capaz de desintegrar cualquier cosa que se me aproxime.

La profesora Murgatt sacó un pañuelo de su bolsillo y lo arrojó hacia el acuario.

Antes de que llegara a él, quedó cruzado por múltiples relámpagos de altísimo voltaje que lo desintegraron cegando los ojos de los que allí estaban.

—Me basta con la demostración —admitió el capitán Snow—,

pero hay algo que me intriga —dijo mirando al cerebro aún a sabiendas de que el cerebro le respondería por las gargantas de Hess o Sophie tras pasar por sus mentes.

—¿Qué es lo que tanto le intriga, capitán Snow? Aunque es natural que todo lo que hay en esta nave le intrigue y desconcierte. Está por encima de su inteligencia y de su técnica.

Había hablado el capitán Hess y Snow inquirió:

—¿Quiere hacerme creer que ha viajado solo en forma de cerebro y un único cerebro como representante de toda su civilización?

—Así es. Nuestro sistema de criogenización, imprescindible para larguísimos viajes interplanetarios, sólo es apto para nuestro cerebro. El resto del cuerpo es un lastre, el cerebro es todo para nosotros y para ustedes.

—Pero ahora ya ha hallado un medio apropiado para desarrollarse y necesita un cuerpo. ¿No es eso? —interrogó Snow.

—Yo, concretamente, no. Utilizo los cerebros que domino y a través de éstos, a los que usted llama esclavos o humanoides.

—¿Quiere decir que usted ya no buscará un cuerpo para ese enorme cerebro?

—No. Yo desde aquí, bien seguro, protegido y abastecido, dirigiré nuestra nave y renaciente especie.

—Entonces, no ha venido solo. ¿Trae esporas, cápsulas, embriones o algo que se asemeje para poder desarrollar a los de su especie?

Ante aquella pregunta que tanto podía significar, Marfa Krondaievna se estremeció. ¿Qué habrían traído en aquella esfera para invadir la Tierra?

—Los terrestres tienen una imaginación muy simple, capitán Snow. Nuestro plan es más avanzado y sutil que lo que usted ha expuesto.

—¿Cuál es su plan entonces? Porque si permanece siempre dentro de esa bañera no podrá establecer ninguna civilización a menos que sea unisexo y se reproduzca en nuevos cerebros.

—Dese la vuelta, capitán Snow y usted también, teniente Krondaievna. Ambos tienen un privilegio especial puesto que son los elegidos.

—¿Elegidos para qué? — inquirió Marfa angustiada.

—Miren primero esos anaqueles repletos de cápsulas que contienen distintas sustancias. Les advierto que están protegidas a su vez por un campo de fuerza.

Al otro lado de una larga mesa, blanca y fría, que había ante ellos, se veían millares de pequeñas celdas de cristal y dentro de cada una estaban las cápsulas.

—¿Qué es lo que contienen?

Ante la pregunta de Snow, el cerebro respondió a través de Sophie.

—Es nuestra cultura, nuestra industria, nuestra técnica, nuestro arte, el todo de nuestra avanzadísima civilización que nos hace mirarles a ustedes lo mismo que ustedes observan a unos simples simios.

—¿Cómo han conseguido envasar ahí todo lo que dice? — inquirió Daniel Snow.

—Ahí están células cerebrales, los ácidos nucleicos DNA y RNA, cromosomas y neuronas.

—Entiendo. Es la memoria de ustedes, todo su talento en forma de cerebros desmenuzados.

—Algo así para expresarlo de una forma simple, capitán Snow —asintió Hess—. Cada uno de nuestros genios dio su parte de memoria, sus células desarrolladoras de talento. Fueron extraídos a los seres más perfectos de nuestra especie los cromosomas adecuados, etcétera, etcétera. Estoy seguro de que jamás se les había podido ocurrir que toda una civilización pudiera llegar en una especie de vitrina repleta de cápsulas conteniendo elementos biológicos casi primarios. ¿Verdad, capitán?

—Lo admito, pero no irá a decirme que con todo ese rompecabezas de ciencia va a componer un ser como debería de ser usted originalmente.

—Así es, capitán. Cierren un instante los ojos y vean en sus mentes.

—¿Para qué? —inquirió reaccionario Daniel Snow.

—Háganlo y podrán ver como éramos nosotros en realidad, porque lo que ustedes están viendo es solo mi cerebro. Cierren los ojos y les pasaré directamente la imagen de cómo era yo antes de iniciar este viaje errante en busca de un nuevo hábitat para toda nuestra civilización.

Marfa y Daniel cerraron sus párpados.

Dentro de sus cerebros vieron la figura de aquel ser que, conservando ciertos aspectos humanos como ser bípedo y vertebrado, semejaba monstruoso.

Marfa dio un alarido de terror al fijar más su mente en el rostro del extraterrestre.

El capitán Hess dijo:

—Ya veo que les parezco horripilante, pero no es ni más ni menos como puede imaginarse una hormiga a un hombre o un hombre a una araña. ¿Qué importa el aspecto físico? Ustedes querían saber más y como son seres privilegiados, he accedido a sus deseos.

—Díganos de una condenada vez porqué somos privilegiados —pidió Snow.

—Ustedes serán los productores de cuerpos, machos y hembras. Todo está preparado para que la fecundidad de la teniente Krondaievna sea máxima. Usted, capitán Snow, hará que su compañera dé a luz cada cincuenta y seis días nuevos seres y esos seres serán los futuros dueños de la Tierra.

Los ojos verdes de Marfa se desorbitaron. Retrocedió temblorosa, llena de pánico, incapaz de comprender algo tan espeluznante.

—¿Yo engendrar monstruos y en cincuenta y seis días? Imposible. ¡Los humanos no podemos hacer eso!

—La teniente tiene razón —gruñó Daniel.

El capitán Hess y la profesora Murgatt rieron con una hilaridad fría, metálica. Fue Hess quien habló a continuación.

—Conozco lo del ciclo de nueve meses para el desarrollo humano en el claustro materno, también sé que al tercer mes ya está configurado el sistema nervioso. Por ello, los embriones en evolución, a los dos meses abandonarán el cuerpo de la teniente Krondaievna para pasar a la incubadora donde les serán añadidos los cromosomas que precisen para que luego, en el desarrollo posterior, se constituyan en seres de mi especie. En su mente será introducida toda la herencia de nuestra cultura, nuestra técnica, nuestro arte. Cuando salgan de la incubadora serán seres adultos capaces de valerse por sí mismos y de iniciar la total dominación y posesión del planeta Tierra. Exactamente después de cincuenta y seis días y a partir de hoy, la teniente Krondaievna dará en ciclos continuados alumbramiento a seis nuevos embriones que pasarán a la incubadora para desarrollarse totalmente.

—¡No! —gritó Marfa desesperada, llena de pánico—. ¡Yo no alumbraré monstruos para que dominen la Tierra, no, antes moriré!

Daniel Snow vio como el seudocapitán Hess concentraba su mirada en la cabeza de Marfa.

La joven, contra su voluntad, se acercó lentamente a la mesa.

Se sentó sobre ella y luego se estiró. Estaba destinada a ser una nueva Eva que engendraría una enigmática y desconocida civilización.

—¿A partir de hoy? — preguntó Snow.

Sophie asintió.

—Sí, ya es hora de comenzar la fecundación y desarrollo de mi especie.

Daniel Snow se adelantó hacia la mesa.

De súbito, sin pensarlo siquiera para que su deseo no fuera captado por el enorme cerebro, propinó una especie de coz al capitán Hess alcanzándolo en el vientre.

Lo lanzó hacia atrás, enviándolo contra el acuario donde flotaba el cerebro. Quedó apresado en su campo de fuerza y lanzó un trágico alarido mientras se desintegraba.

Daniel Snow no perdió tiempo, todo en él actuó rápidamente, sin esperar a ver resultados.

—Lo siento —masculló mientras daba un fortísimo puñetazo en

la mandíbula de la bella pero ya autómata profesora Murgatt.

Esta, perdió el sentido, cayó hacia atrás por la rampa, quedando atravesada junto a la puerta de entrada de la nave extraterrestre.

Daniel cogió a Marfa de la mano y tiró de ella con violencia. arrancándola materialmente de la mesa.

—¡Grita, Marfa, grita fuerte, ponte histérica, será la única defensa contra el poder mental del cerebro!

Daniel sacó a la joven de la esfera.

Afuera todo seguía igual. Los jefes sabios y soldados permanecían inmóviles, con los ojos cerrados. En realidad, el cerebro los había estado dominando a través de los cuerpos de Hess y Sophie.

Daniel se acercó al cinturón de uno de los soldados y arrancó de él una pequeña bomba de mano de tipo termonuclear.

Como si el cerebro supiera lo que estaba, haciendo, la esfera comenzó a cerrarse más la puerta se encontró con el cuerpo inconsciente de la profesora Murgatt.

Esta, despertando a consecuencia del golpe, lanzó un horripilante alarido al ser aplastado su pecho por la puerta, impidiendo que ésta se cerrara en su totalidad.

Por el hueco que quedaba y tras abrir la llave de la bomba de mano, Daniel Snow la arrojó con todas sus fuerzas hacia el interior de la nave.

Cogiendo a Marfa, se apartó de la esfera de brillantes cuando el interior de la misma estallaba.

Toda ella tembló, saliendo llamaradas por el hueco que había dejado el cuerpo de Sophie ya cadáver.

Nada más producirse la explosión, todos los cuerpos de los presentes, incluidos Tejada, Jackson y Evenoir, se derrumbaron.

Daniel se acercó a uno de ellos, comprobando que al morir el cerebro extraterrestre también morían todos sus dominados.

—Vámonos de aquí, Marfa. La nave tiene carga nuclear y puede desarrollarse una reacción en cadena.

Corrieron hacia la salida y tomando un vehículo climatizado para la exploración del suelo lunar, partieron a toda velocidad de la estación minera carente de vida pero que comenzaba a temblar enteramente.

Rodaron hacia la «Scout U-104» y subieron por su rampa internándose en ella.

La nave-carguera se había alejado ya tras descargar y acoplar los amortiguadores de toma de contacto.

Daniel Snow pulsó los botones de alarma y corrió al puente de mando.

A los que se hallaban de mantenimiento en la nave y que no podían haber sido esclavizados por las penetrantes cápsulas biológicas, ordenó de inmediato:

—¡Atención, atención, despegamos, despegamos en el acto, hay peligro! ¡Sujétense los cinturones!

El suelo lunar tembló bajo la gran nave «Scout» y el techo de hormigón selenita que cubría la gran estación minera Aw-4 comenzó a agrietarse. De él escapó un fuego blanco, indicador de su elevadísima temperatura.

Casi sin tiempo para sujetar sus cinturones de seguridad, Daniel Snow pulsó el botón de despegue y el cerebro electrónico de la nave se encargó del resto.

En cuestión de segundos, la «Scout U-104» se alzó en el vacio separándose rápidamente de la Luna cuando ya la base minera Aw-4 se convertía en un gran volcán de fuego al estallar la carga nuclear allí existente, parte de la nave extraterrestre y parte de la pila atómica de mantenimiento de la base.

En un radio de doscientas millas alrededor de cráter de la base minera, toda la Luna se agrietó, transfigurándose su corteza.

Marfa, que se hallaba en el puente de mando, ya libre de la desgravitación lunar, se soltó los cinturones para abrazarse al capitán Snow.

—Daniel, Daniel, qué miedo he pasado.

—No temas, querida, todo ha terminado. Hemos escapado a la

invasión de esos seres extraterrestres y quizá sea mejor no explicar al mundo lo que ha estado a punto de ocurrir. Lo que sí debemos, es poner una gran atención en el futuro ante cualquier nuevo intento de invasión apoyada por nuestra ingenuidad.

Se abrazaron y muy juntos vieron cómo el protector de acero de la gran ventana panorámica se corría, apareciendo ante ellos un firmamento repleto de estrellas y miríadas de planetas.

F I N

[1] ***En Estados Unidos, alegre, jovial.***